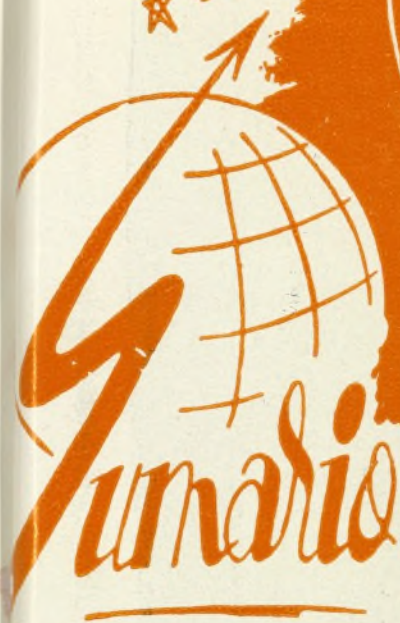


CENIT

— *sociología* —
ciencia — literatura



Editorial. — Severino Campos: Las influencias tradicionales de la opresión humana. — Federica Montseny: El mundo moderno y el anarquismo. — Eugen Relgis: Libros, archivos, traducciones. — J. Guerrero Lucas: Revolución y juventud. — Luis Di Filippo: Federalismo social. — Carácter y personalidad de nuestro pueblo. — Dos previsiones. — F. García Lorca: Grito hacia Roma. — Floreal Ocaña: Asesinato de Miguel de Unamuno. — Sobre el salario. — M. Celma: Camus, el grande. — V. Muñoz: Contribución a la historia del anarquismo en el Uruguay. — Ramón Liarte: Ciencia y ética. — Memorándum revolucionario.

182

Mayo - Junio 1968

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

CORDOBA, la sultana. Estaba escrito. Tenía que ser así. Museo Romero de Torres. «Naranjas y Limones». Obra maestra del artista exquisito y personal hasta alcanzar en su estilo la cima de lo único. Porque Julio Romero de Torres, es la consagración suprema de la pintura. El triunfo del esteta. La victoria del hombre en lucha con el color. Era de Córdoba y en la capital de la fantasía universal todo es luz. Forma impecable, estilo majestuoso: alto sentido de la belleza.

«Naranjas y Limones» forma parte esencial de la obra de Romero de Torres, cuyos desnudos constituyen la resurrección de la materia hecha alma, contra la hipocresía convertida en dogma. No son sus desnudos erotismo vulgar, sino ideas en cueros, para que el hombre pueda abrazarlas sabiendo su auténtico valor, su grandeza imperecedera.

Julio Romero de Torres, de quien la leyenda popular dice que es el mejor de los pintores, fue un superdotado. Grande en todo. Ancho como una gran circunferencia. Alto como un astro. Pintor de sol y sombra; blanco y negro de la gama infinita de la vida, nos ofrece el gris único que vieran sus ojos luminosos como luceros. No es el suyo el gris del Escorial ni el de Versalles; es un gris inconfundible: verde en algunas ocasiones, semi-rojo en otras; esmeralda cuando la luz lo acaricia, negro al atardecer y pajizo cuando despunta el alba. «Naranjas y Limones», obra del artista glorioso, viene a enriquecer nuestras portadas que tienden a ser resumen y síntesis de la vida que no acaba.

GENIT

**REVISTA BIMESTRAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA**

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Llarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio
Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Espleas,
Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost,
Floreale Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor
García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrategui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)



★ REVISTA DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVIII

Toulouse, Mayo-Junio de 1968

N.º 182

EDITORIAL

Metodología sindicalista revolucionaria

EL siglo XX es, sin duda, el promotor de las grandes transformaciones científico-técnicas, políticas y sociales. Cada día que pasa se opera un cambio en la sociedad, se descubre algo nuevo en el orden de las ciencias y las artes. Tiempo nuevo, tiempo de innovación. Y lo más paradójico del caso que nos ocupa es, que, en medio de las fabulosas transformaciones que se realizan, ensánchase una crisis del mundo viejo cuyas facetas más singulares tenemos la obligación de analizar desde el punto de vista revolucionario.

Hemos de referirnos a la honda crisis orgánica y militante que sufren todas y cada una de las tendencias que se reclaman del socialismo. El colapso de las teorías es vertical. Las doctrinas se parten como hojas de papel mojadas por la lluvia. La ideología vuelve a ser reexaminada. La fe ha tenido que dejar paso libre a la lógica.

Los análisis de Proudhon, Bakunin y Kropotkin, representan la más brillante contribución doctrinal, teórica, al estudio y conocimiento de la estructura del sistema capitalista. A estos trabajos de análisis de los valores humanos, cabe agregar la aportación que hicieron entre otros, Cornelissen, Max Nettlau, Rudolf Rocker; el primero seguidor de las huellas de Proudhon, y los dos siguientes, veneradores espirituales de Enrique Malatesta, Bakunin y Eliseo Reclus.

El socialismo anarquista estudió los esquemas sobre la oferta y la demanda; las teorías del valor, el origen de la propiedad, la injusta acumulación del capital, el nacionalismo, el imperialismo, la lucha de clases, el mito de las religiones, la arbitrariedad del poder, las taras de la ignorancia, los estragos producidos por la miseria y lo monstruoso que el Estado contiene como organismo director de la vida pública.

Pero el anarquismo no descansa. Remueve los cimientos de la sociedad capitalista y estatal desde sus orígenes a nuestros días, para desentrañar las causas principales de la opulencia y la miseria, la desgana e incultura de las multitudes, la carencia de la justicia y la falta de libertad, la ignominia de los poderosos, y la revolución de los hombres y los pueblos. Después de las elocuentes declaraciones que hicieron Carlos Marx y Bakunin, el capitalismo ha conocido fases de decadencia y periodos de grandeza: la industrialización de la electricidad, del telégrafo y del teléfono, de la fotografía y el cine, del motor de explosión, del petróleo, del automóvil, del tractor y de la aviación. Los astronautas ganan posiciones. El psicoanálisis hace reflexionar a la ciencia, fijándoles caminos nuevos. La teoría de la relatividad se afinca. La ciencia avanza, la técnica progresa. Pero la ciencia verdadera del hombre, el arte de saber vivir, es eterno. Tiene sus raíces en la moral y su eclosión en la ética. El anarquismo, es, pues, un medio social que asegura a cada individuo el máximo de bienestar y de libertad adecuados a cada época.

El régimen capitalista se agrieta. Al estallar la guerra de 1914-18, se hunde el viejo andamiaje del liberalismo burgués. El concepto de la democracia política se asevera incompe-

tente para dirigir la vida de las naciones modernas. Versalles muere agonizando como un grito en la noche oscura y sin entrañas. La crisis económica de los años 1924-26, colocan al sistema capitalista entre la espada y la pared. ¿Podían avizorar Marx y Bakunin la conmoción internacional cuyos alcances sorprendieron al mundo del trabajo y el socialismo? Acaso a estos pensadores se les escapó el chispazo de las características de los tiempos nuevos; pero Malatesta supo intuir con clara visión que el camino firme de la libertad está en no hacer concesiones al poder declinante que incubía la tiranía...

¿Cuál es el factor que lleva a la catástrofe? El mercado mundial se rompe. Hay una escisión completa en el mundo de los nacionalismos puestos en lucha. Los Estados nacionales pretenden salvarse del caos organizando sus intereses mediante la autarquía. La moneda pasa por la fase del vértigo. El factor oro es almacenado. Estalla un clima de predominio y hegemonía. Los Estados centroeuropeos son cercados como una fiera. La agonía del paro comienza. En los países colonizados se lanza el grito de Independencia; cada uno quiere ser dueño en su casa, administrando su propia miseria. Millones y millones de obreros sin trabajo. Los pueblos más industrializados no saben qué hacer. No se deciden a optar por fabricar máquinas de paz o de guerra. Cuando el liberalismo lanza el canto del cisne, que es anunciador de la muerte, la clase obrera no sabe aprovechar las circunstancias internacionales. El totalitarismo levanta su cabeza de plomo, pone en tensión sus zarpas de hierro, y prepara la guerra mundial para acabar con la revolución y destruir, por añadidura, los valores más efectivos de la historia. Cuando no se cosechan triunfos hay que hacer la historia de las grandes derrotas.

Durante medio siglo el movimiento obrero, social y socialista ha tenido que presenciar el cataclismo de la organización burguesa, sin oponer más que frases, sentimientos, corazonadas. Se ha podido hacer la revolución que hemos perdido en varias ocasiones debido a tres causas principales: desunión de la clase obrera mundial; carencia de una conciencia puramente revolucionaria; y falta de un plan internacional para acabar con el capitalismo y establecer el socialismo sin clases, sin poderes arbitrarios ni fronteras antinaturales e inhumanas.

Tres ideas fundamentales han constituido la razón de ser de una lucha cuya victoria material ha sido frustrada: unificación y socialización de la economía mundial sobre bases socialistas libertarias. Derechos colectivos y justicia social para todos; instauración de las libertades humanas y manumisión de la sociedad sin clases.

En nuestro siglo, Europa ha perdido dos veces la ocasión de llevar a cabo la revolución social: una, durante la guerra de 1914-18; y otra, en la pasada contienda mundial, cuyo prólogo ideológico fue escrito por la España anarcosindicalista.

Hemos tenido el socialismo ante nosotros y se nos ha escapado como un fantasma. Las mayores posibilidades revolucionarias han sido desaprovechadas. No cabe duda que la juventud mundial ha estado de nuestra parte, hasta que desengañada de los predicamentos democrático-liberales, se ha marchado a ocupar posiciones falsas que en el fondo no sentía ni debía defender.

Pero mucho cuidado. Lo que ha sido puede volver a ser. El totalitarismo no desarma, y una de sus primeras conquistas es la juventud. El nazifascismo surgió de los más bajos fondos de la sociedad, pero acabó arrastrando tras de sí a la juventud europea llevándola a la guerra más cruel que registra la historia del fratricidio histórico.

Dice la ciencia, y con ella nosotros, que prevenir es curar. Y si esto es cierto y exacto, como no cabe duda, no se trata de que nos curemos en salud, sino de salvar todo lo que merece ser salvado: el destino comprometido del hombre, la vida social de nuestras Organizaciones, y el tesoro más grande que ofrece la naturaleza, madre de la vida: la juventud que quiere conocernos y estudiarnos para emprender la nueva caminata de la renovación y mejoramiento del mundo.

No temamos nunca a la juventud. Ella es el presente puesto en movimiento, el porvenir que nada ni nadie pueden destruir, la vida renovada que ha de cambiar la faz de las cosas. Quien quiera tener hijos sanos y robustos no debe asustarse de los contratiempos que puedan proporcionarle ni vanagloriarse de las alegrías que han de ofrecerle como merecida recompensa. La juventud es la voz del progreso, la energía poderosa que todo lo mueve; es la llave maestra que abre todas las puertas de lo desconocido. La juventud es la revolución porque no teniendo tendencias conservadoras quiere conquistar lo que le pertenece: la justicia dentro de la libertad. Y la mayor conquista en esta tierra poblada de desigualdades e infortunios, es la acción que nos hace luchar para vivir en un universo que nada espera de dios, pero que tiene puesta su confianza más alta en el destino y la obra del hombre.

LAS INFLUENCIAS TRADICIONALES DE LA OPRESION HUMANA

por SEVERINO CAMPOS

LOS antagonismos sociales que vivimos, constantes y agudos, tienen raíces históricas muy hondas. Esto, sin duda alguna, induce a algunos letrados a pretender justificarlos, pretextando tópicos varios, entre los cuales figura el que «la condición moral del hombre no es modificable.».

Ni los datos de fácil observación en la vida ordinaria, ni aquellos más sustanciosos que profundizando un poco pueden extraerse, alcanzan suficiente para que el tradicionalismo rectifique sus ideas fijas. Este punto nos confirma una estructura mental que no puede ver los fenómenos sociales de otro modo a como los legaron los antepasados.

Muy limitado es el margen de razonamiento en las personas de semejante formación. Su mentalidad es un molde preconcebido, al que no se adaptan las innovaciones que la investigación científica aporta a la existencia del hombre. De ahí que, ante las novedades sociales que conceden al individuo mayor expansión, las reacciones del espíritu tradicionalista se dispongan, violentamente, a conservar su preponderante dominio social.

En ese campo demográfico hay muy poca posibilidad de fecundar ideas libres. Es escasa la flexibilidad mental de sus pobladores. En su inteligencia hay grabado un catecismo elemental de obligaciones y deberes, código de convivencia bosquejado por sus profetas afines de tiempos remotísimos; sólo a sus mandatos deben obediencia; es la razón de fundamento cultural y psicológica, que hace impenetrable en su espíritu otras influencias más humanitarias.

Esa singularidad humana no es de fundamento racional; su origen es de formación personal. Los poderes ancestrales modelaron una idiosincrasia, fomentaron la psicología del temor y de la obediencia. Con estos elementos ya quedaba la esclavitud en marcha; la persistencia de esa condición sólo dependa de su cultivo. Es en lo que se puso gran empeño; es por lo que, en parte muy considerable, hay seres repelentes a las influencias progresistas capaces de libertarlos.

Esa alergia a todo lo que supone renovación intelectual y moral, con recursos para fomentar mayor plenitud de vida, no es de condición política. En este caso concreto es muy poco lo que pueden hacer las constituciones; la solución radica en las escuelas y en las clínicas.

No son de condición normal los sentimientos y las inteligencias inadaptables al progreso que mejora

la vida de todos; esos criterios son de médula y configuración primitiva. Les ha faltado el calor del ejercicio reflexivo para modificarse y adquirir más sociabilidad. Las influencias retrógradas cimentaron las rutinarias predisposiciones y las fortalecieron, destinadas a mirar como extraño, y nocivo, todo lo que no responde al templo adorado de su destino social.

El hecho de verle en vías de decadencia no quiere decir que el tradicionalismo opresor no disponga de cierta dinámica. Se agita extraordinariamente en circunstancias de apremio, invocando la paz de los pueblos, las delicias de la tranquilidad, y ciertos mandamientos divinos que sus representantes poco o nada respetan. ¿Causas de tal actitud? La misión de conservar las instituciones que utilizan, al través de las cuales legitiman todas las características de opresión y miseria.

Lo que les saca de quicio es el contraste que ofrecen las fuerzas sociales que pugnan por florecer, liberar y embellecer a la humanidad. En estas sanas y bienhechoras potencias, los apologistas de la permanencia tradicional ven que con la aceptación y práctica de las virtudes que lleva el progreso se derrumba el imperio de sus diversos dominios.

Erróneo será estimar que los factores de opresión política y económica pueden desaparecer sin una fuerza superior que les inhabilite; en ese rol, de tendencia humanitaria ascendente, a más de ser inevitables, los antagonismos juegan un papel edificante. Es con su concurso que se abren brechas en los senderos del porvenir, donde van tomando posición las creaciones de mejor influencia social, siempre en detrimento de aquello y de aquéllos que hacen honor al pasado.

Las causas de ese fenómeno histórico son varias; en sus portavoces personales y ejecutores no ha habido interés en profundizar investigaciones en pos de mejor condición social que la que defienden. Más que de impotencia el caso es de extravío mental. Para todo tienen conclusiones preconcebidas; son las que prescribieron los primitivos originarios de su credo, con las supuestas recomendaciones de divinidades especiales. Son instrumentos de ideas fijas, herméticas, fortalezas opuestas a las creaciones científicas que proclaman la libertad y la dicha del hombre.

Ante esas concepciones de la vida, y esa tenacidad, la persuasión es ineficaz. Limitan su expansión, hacen menos duro e intenso su proceder opresor, por la potencia y la coacción de las modernas

corrientes sociales. No hay en ellos voluntad liberadora; viven ausentes de las elementales vibraciones solidarias que la vida social acredita como estímulos al corazón y a la inteligencia.

Dignas de estudio son las personas caracterizadas de tales convicciones; provechoso, también, conocer sus reacciones individuales y colectivas. Piensan en sí y para sí; son inadaptables a los cauces y medios de relación humana que la ciencia y la ética ofrecen para seguridad de todos. Esto motiva que la incompatibilidad, entre esas fuerzas representantes del pasado, y las que van poniéndose en marcha al calor de las influencias progresistas, fomenta conatos de violencia.

¿Persistirá mucho tiempo el duelo que está afrontando la humanidad? ¿Existe manera de corregir este sistema de lucha? Mucho interés hubo, y hay todavía, en algunos sectores, en negar la eficacia de la educación para la transformación del hombre. Patrocinan esa opinión aquéllos que al porvenir quieren vincular los prejuicios del pasado.

Sin embargo, esos afanes van perdiendo terreno y potencia. La pedagogía está siendo un horizonte cada día de mayor dimensión luminosa, de realidades y florecimientos bienhechores. Sin perjudicar el interés colectivo, y si favoreciéndole mucho, se ha conquistado para el individuo más margen de desenvolvimiento; dispone de más elementos para la defensa de sus derechos y de su vida, es decir, de más libertad.

Y esto, como bien conocido es por quienes se preocupan del reloj de la enseñanza, sin que a la didáctica se hayan incorporado los instrumentos que mucho pueden elevar el nivel de conocimientos y su utilidad general. Hecho análisis imparcial, la conclusión es que en todos los frentes de actividad humana, las influencias opresoras del hombre van perdiendo grandes batallas.

Algo ya del dominio general es que los frentes de dominio opresor están rectificando sus líneas de combate; aunque ofreciendo la máxima resistencia se baten en retirada; por todas partes surgen potencias, si bien en estado incipiente de desarrollo, que les acosan y reclaman su retirada al pasado histórico. Y esto adquiere mayor interés al ver que este fenómeno de superación se desarrolla cuando apenas las fuerzas populares han entrado en el escenario de las grandes transformaciones.

Cuando se comprende el mérito de la libertad y se hacen sensibles en el hombre los efectivos resultados que a la existencia reporta, queda constituida una irreductible oposición a la esclavitud. «Porque si el público rechaza una idea nueva, casi siempre es porque no está en estado de conocerla, no porque sea reacio a la misma.»

Inspirarse en conciliar las diferencias que motivan los antagonismos sociales es un absurdo. Cada corriente de opinión tiene una finalidad; la una

es negación de la otra; ambas esgrimen, cada cual en su favor, los factores que pueden hacerla triunfar. Todas las perspectivas son negativas para el sentimiento opresor; éste, a medida que transcurre el tiempo, se ve más opuesto a las personas y necesidades contemporáneas.

Ciertamente que no faltan «personas ilustres» que minimizan el valor de la educación y de la libertad. Los sociólogos vinculados al catolicismo figuran en primer lugar; en el fondo de sus convicciones yacen las inspiraciones más represivas hacia quienes no colaboran con su existencia. Conocida es la historia de sus cruzadas; deplorables los resultados de sus hazañas y de sus triunfos.

Esa realidad tenebrosa, en cuya ejecutoria actuaron aliados la cruz y la espada, hubo menester algo más que la fuerza bestial para sostenerse. Los vencidos en plan de guerra social o de conquista, los despojados de haberes y derechos, destinados a las tareas productoras, era forzoso someterlos a un adiestramiento que fecundara los hábitos compatibles con la misión a que fueron destinados.

Quedaban abiertas la escuela y la enseñanza para un sistema de vida. No podían aspirar a otra cosa los vejados. En ese margen se ejercitaban; ese era su mundo. Los límites de la personalidad humana, pretendían los próceres de la situación, quedaban definidos para siempre: Unos a mandar, otros a obedecer; los más a sufrir, los menos a gozar.

¿Podía la evolución humana quedar estancada en los márgenes de ese despotismo? Si no con la certeza de datos científicos, ¿no era de suponer que en el hombre había fuerzas morales subyacentes que algún día tenían que irrumpir para elevar el valor de la existencia? Ahí están los datos de la historia; son elementos valiosos para una sensata composición de lugar.

Pero no es así como todos los comprenden. De ahí los grandes antagonismos. Las reminiscencias de aquellos paroxismos autoritarios se ven encarnadas en algunos contemporáneos; con la sorpresa de que éstos, en algunas ocasiones, son personas con conocimientos especiales de algún relieve. No ven, o no quieren ver, que la naturaleza humana no puede ser forzada a ejecutar algo que niega el valor y los fines de su existencia.

¿Cómo, pues, dirigirse al hombre para hacer de éste el aliado y solidario de su semejante? Pero ¿acaso interesa este sistema de relación? Al primer interrogante responden favorablemente quienes pugnan por abolir todos los sistemas de esclavitud; al segundo contestan negativamente los individuos y las instituciones que reivindicaban el pasado. No hay entendimiento; la solución está en el campo de la lucha y en los amplios márgenes de la educación que hacen ver al hombre lo que más le conviene.

CONTESTACION A LA ENCUESTA

El mundo moderno y el anarquismo

Pregunta: ¿Cuál es el cometido esencial de la clase obrera en esta hora de lucha sin tregua por la emancipación del hombre y el derecho de los que trabajan y producen a conquistar la efectiva justicia social?

Respuesta: El que debía ser siempre; el que fijó, de manera lúcida, la Primera Internacional y que desgraciadamente en la mayoría de los países, los trabajadores han perdido de vista. Luchar por la emancipación integral de la clase obrera, que no podrá conseguirse mientras no se instaure una sociedad sin clases. En esta lucha ha habido y habrá avatares varios; unas veces triunfos y otras fracasos. Pero el propio desarrollo técnico e industrial, el propio progreso mecánico, ha traído y traerá cada vez con mayor agudeza, el planteamiento de problemas insolubles dentro del mundo capitalista, que sólo podrán ser acometidos y resueltos en una sociedad socialista. Pero atención: la palabra socialista y socialismo sirve hoy para cubrir todo género de mercancías. Socialista se llama Nasser y socialista se llama Boumedienne. Socialistas se pretenden todas las llamadas «democracias» del mundo comunista. Hay, pues que definir bien claramente que no puede haber confusión posible entre ese «socialismo» y lo que nosotros entendemos por socialismo ácrata o libertario. Esto es, socialismo federalista y basado sobre la organización de una sociedad socialista sin Estado, cimentada en la asociación a escala local, regional, nacional, internacional, valiéndose en el aspecto económico del propio aparato creado por las organizaciones obreras de signo libertario: Federaciones nacionales e internacionales de Industria, etc. No es el momento de detallar lo que ha sido escrito y descrito numerosas veces.

¿Cómo conseguir un despertar multitudinario de la conciencia revolucionaria?

Actuando sin cesar entre cuantos sectores puedan ser sensibilizados por todas las ideas transformadoras y revolucionarias: trabajadores, intelectuales, estudiantes, mostrando las terribles realidades del mundo presente y ofreciendo las soluciones libertarias para sacar a la humanidad del abismo de guerras, atómicas o no, hambre, miseria, en que se debate.

¿Ante la idea de las «patrias unidas», la comunidad de Estados democráticos y el poder único pa-

por FEDERICA MONTSENY

ra el Estado único ¿cuál es la solución que se ofrece al mundo de la ciencia, del trabajo y la libertad?

Queda contestada esta pregunta, en parte, en la respuesta dada a la primera pregunta. Añadiré que a la Europa o al mundo de las patrias, a las comunidades de intereses económicos y políticos, que representan ahora los diferentes organismos capitalistas o comunistas dirigidos al mismo objetivo, nosotros hemos de oponer las ideas federalistas de Proudhon y Bakunin, que nunca tuvieron tanta actualidad como hoy. A la «unión de las patrias», hay que oponer la unión de los pueblos. A las comunidades de intereses, hay que oponer la Federación de los hombres, a base local y regional, hasta llegar a la Confederación de los pueblos.

La descomposición orgánico-ideológica del comunismo totalitario es un hecho. ¿Qué derroteros emprenderá para salir adelante en esta hora de prueba y de sanción mundial?

Difícil es contestar a esta pregunta, por cuanto lógicamente no estoy en el secreto de lo que pueden ser corrientes internas en el mundo comunista. A simple vista, esto es, por lo que vemos, probablemente el comunismo adoptará una actitud ecléctica. Allí donde el sistema estalla en su interior, esto es, donde la fuerza de las protestas y de las contestaciones es tan grande que no puede ser ahogada, cederá terreno y se «liberalizará», como ocurre con los sistemas totalitarios. Pero allí donde pueda dominar la situación y ahogar el impulso libertario de la juventud y de los espíritus más renovadores e inquietos, de nuevo se conocerán las represiones y de nuevo se abrirán las cárceles y los campos de concentración. Las amenazas de Brejnev, en este sentido, no por veladas, son menos precisas. Desde luego, otra era staliniana no se vivirá. En primer lugar, porque no hay otro Stalin y en segundo porque, pese al terror y a los «lavados de cerebro», la situación en Rusia y demás países comunistas es muy otra. Si se tuviese la suerte de que en Checoslovaquia, en Rumania, en Bulgaria y demás países que van abriendo la mano a concepciones menos totalitarias del sistema político impuesto, la experiencia fuese enriquecedora, esto es, que las fuerzas reaccionarias no aprovecharan la ocasión para sustituirse a la dictadura comu-

nista, se habría dado un gran paso, ya que podría demostrarse que con libertad, los hombres y los pueblos son capaces de organizarse y de crear más y mejor que no con sistemas autoritarios y despóticos.

¿Optará por el capitalismo de Estado, por el aburguesamiento de las clases creadas por la Revolución de Octubre, o por el sindicalismo revolucionario, cuya idea avizoraba Lenin para pasar del comunismo estatal al comunismo libre de base y contenido libertario?

Dudo que Lenin hubiese avizorado tanto. Lenin, como Engels y como el propio Marx, emitió la hipótesis de que, una vez establecida sólidamente la nueva sociedad comunista a base de dictadura, paulatinamente ésto y más tarde el propio Estado surgido del hecho revolucionario irían desapareciendo. Pero esto fue dicho con bastante vaguedad, y, en realidad, en el fondo de su alma, tanto Marx y Engels como Lenin, lo remitían a las calendas griegas. De hecho, el aburguesamiento — teorías de Libermann, que ahora se sirven en Rusia como novedades económicas —, así como la incrustación en el sistema de las jerarquías de funcionarios que se han convertido en una nueva clase privilegiada, son ya un hecho. Rusia vive ya, desde hace años, en ese sistema. Si el pueblo ruso vuelve los ojos a concepciones más libres del socialismo; si transforma sus sindicatos dirigidos por el Estado e instrumentos en mano del Estado comunista, en fuerzas organizadoras de la producción y la distribución, será como resultado del lento despertar de nuevas generaciones. El fenómeno está ya en el aire, en ciertos países del mundo comunista. Ignoramos si existe en Rusia. No hay que olvidar que, como dicen los checos, con gran disgusto de los rusos Checoslovaquia, Rumania, la propia Bulgaria, tienen un pasado político federalista y democrático, revolucionario y socialista que no tiene la inmensa Rusia, que, si bien contó con minorías activas y abnegadas, la gran mayoría estaba compuesta por campesinos iletrados y por obreros sin formación ideológica, aparte en unas cuantas grandes ciudades y en ciertas regiones privilegiadas, como Ucrania. Por eso no es extraño que el despertar a la conciencia individual sea más lento y más retardado en Rusia que en otros países. Además, lo que fueron las purgas de Stalin sólo puede compararse a lo que fueron las de Hitler, las de Franco y lo que han hecho ahora en Indonesia, donde se ha asesinado a cerca de un millón de hombres calificados de comunistas, aunque, bajo este adjetivo, hayan caído hombres de todas las tendencias de izquierda.

¿De qué manera más rápida y eficaz podríamos enterrar el mundo viejo, lleno de lacras, ignominias y abusos, para forjar el mundo nuevo que nace y que tenemos la obligación de ayudarle a venir a la vida?

No creo que haya muchas maneras de hacerlo. Por la propaganda, la cultura, la preparación individual, que significa la evolución de las ideas y de

las costumbres, y por la insurrección revolucionaria allí donde las circunstancias sean favorables. No soy una fanática de la revolución; creo que hay que trabajar en todos los sentidos, pero estoy convencida de que los anarquistas no podemos ni debemos desperdiciar todas las ocasiones que se nos ofrecen de acelerar el proceso de descomposición del mundo injusto en que vivimos, aprovechando todos los momentos revolucionarios. Aunque corramos siempre el riesgo de que las revoluciones se nos escapen de las manos, nuestro deber es intervenir en ellas, y, a ser posible, encauzarlas, orientarlas, llevarlas lo más lejos posible en el camino de las realizaciones auténticamente socialistas.

A la vista de las grandes experiencias vividas por las tres tendencias que en el pasado formaron los cuadros del obrerismo militante; es decir, comunismo de Estado, socialismo parlamentario y socialismo libertario, ¿es posible llegar a una síntesis conciliadora para poner en marcha la gran revolución mundial?

Creo prematuro el mismo planteamiento del problema. ¿Cómo puede haber hoy «síntesis conciliadora» entre el socialismo libertario y el socialismo parlamentario, cuando vemos a éste último hundirse cada día más en el cieno de la colaboración con el capitalismo, convirtiéndose hoy en el más firme puntal de la sociedad capitalista? En cuanto al comunismo de Estado, hemos visto también de qué manera se incrustan en el Poder sus hombres, allí donde consiguen asaltarlo u obtenerlo por medios democráticos. No, no hay por el momento posibilidad de síntesis conciliadora alguna entre ideologías y tácticas diametralmente opuestas: El socialismo demócrata será pronto absorbido y devorado por la democracia cristiana; sólo cuando no exista como fuerza política, volverá quizá a reconstituirse como socialismo revolucionario, como en los tiempos de Alejandro Herzen y sus amigos. En cuanto al comunismo, aunque hoy aparezcan las llamadas minorías revolucionarias neo-marxistas o que se reclaman del auténtico marxismo — trotskistas, maoístas, castristas — no olvidemos que son ramas de un mismo árbol autoritario, con la misma concepción de toma del Poder, para, desde él, imponer, por medio de una dictadura, transitoria o no, sus ideas políticas. Para llegar a una síntesis, deberían andar todos esos grupos políticos mucho camino, lanzar mucho lastre, sufrir muchas experiencias y desengaños. Lo que, andando el tiempo, podrá quizá ser posible, serán alianzas circunstanciales, para objetivos concretos, en torno a propósitos bien definidos, para luchas determinadas. Otra cosa no es posible ni aun deseable, por el momento.

¿Qué debemos hacer para conseguir un renacimiento social, orgánico y propagandístico del anarquismo militante?

Desplegar mucha actividad oral y escrita, confundirnos con el pueblo, actuando entre los trabajadores, los intelectuales, los estudiantes. No desperdiciando ocasión de mostrar las soluciones liber-

tarias para todos los problemas del mundo moderno. Haciendo conocer nuestras ideas, nuestros teóricos, las grandes obras y los grandes pensamientos que han enriquecido nuestro movimiento. Para ello precisa no perder el entusiasmo, el fervor, la fe, la confianza en nuestras ideas y en nosotros mismos.

Actitud y posición de los hombres representantes de la cultura, la ciencia y la técnica ante el monstruo del hambre que devora países enteros, ante la guerra que pone en peligro la paz y las calamidades nacionalistas y racistas que rebajan y minimizan a nuestra especie.

En general, la actitud de los sabios, los artistas, los pensadores, el profesorado, es digna y positiva. La mayor parte está contra el racismo, el militarismo, la bomba atómica, la guerra; a favor de los que luchan por medios pacíficos o violentos, contra todas las calamidades que ponen en peligro la continuidad de la especie. Por desgracia — quizá no puede ser de otra manera — la actitud de todos estos hombres es contemplativa. No niegan su firma para ningún manifiesto, forman parte de todos los comités, se suman a todas las acciones. Pero no

es posible pedirles otra cosa... Probablemente, tampoco podrían hacerla. De lo que se trata es de crear las organizaciones de acción y de defensa del hombre, con sus derechos a la libertad, a la paz, a la vida, en todos los países, encabezadas por estos representantes de la cultura, pero teniendo una base de hombres convencidos, activos, dinámicos, infatigables, que sean realmente los factores determinantes de la obra a realizar para ayudar a la humanidad a salvarse de cuantos sólo piensan en sus intereses y en sus privilegios y que en aras de ellos no vacilarán en poner en peligro al mundo entero.

¿Tu mayor esperanza?

Que logremos convencer a la humanidad de que el mejor camino táctico y la mejor meta ideológica son los métodos y la idealidad anarquista.

¿Y tú mejor propósito?

Trabajar, como lo he hecho desde que comencé a tener uso de razón, para conseguir este objetivo.

DE MI CALENDARIO

Libros, archivos, traducciones

por EUGEN RELGIS

EN un país con viejas tradiciones culturales, la Semana del Libro — con sus exposiciones y varias manifestaciones espectaculares — parecería superflua, innecesaria. El libro ha penetrado en la vida cotidiana, igual que el pan y el diario. En los círculos sobresaturados de cultura, existen hombres que podrían parafrasear la antigua plegaria: «Nuestro libro de todos los días dánoslo hoy...» Así hablaría un sabio para quien las realidades sociales y políticas no son más que ideas que se reflejan en los cristales deslucidos de su gabinete de estudio. Pero el hombre de acción se da cuenta de que, en nuestros días, aun en los «países culturales», la cultura hállese amenazada por la técnica, el cine, la radio, y también por el frenesí de la velocidad, por la vida artificial. La esencia de la cultura ya no es más transmitida al individuo mediante el camino orgánico, natural, del espíritu que pugna por conocerse a sí mismo, perfeccionarse a sí mismo. La cultura está mecanizada, standardizada, distribuida automáticamente. Es una cultura cuantitativa, una seudocultura de las apariencias.

Solamente el buen libro puede ofrecer la calidad, injertar la esencia imperecedera de la cultura. El libro que pausadamente penetras, página, línea tras línea; el libro al que asimilas con todo tu ser consciente.

Por eso creo que La Semana del Libro (haciendo abstracción de las manifestaciones oficiales) ha llegado a ser una necesidad también en los

países con viejas tradiciones culturales. Pero un país cuya cultura está en sus comienzos, desde un siglo o dos, con la mitad de su población analfabeta — un país que se halla todavía en el abecedario (sin tener bastantes abecedarios) y que, no obstante, logró crear algunas obras que se aproximan a los valores universales —, un país donde la política es soberana y el sabio es esclavo del

politiquero, necesita más de una semana del libro por año. Requiere 52 semanas por año, para el esfuerzo incesante de iluminar la mente de las multitudes. De esta manera, se dará a todos los artesanos de la pluma la dignidad del oficio y de la misión que les corresponde, y la posibilidad de realizar integralmente su obra — como si fuera un templo, desde los cimientos hasta la cúspide

— emancipados de la pesada protección del Estado y librados de las humillantes limosnas de los políticos y filántropos.

W

Escribí estas líneas en el Libro de Oro de un archivo histórico:

«Un verdadero archivo no es un mero cementerio de papelotes y antigüallas amontonados por maniacos o fetichistas del pasado. El debe ser como un organismo que, empezando con un núcleo vivo, se acrecienta incesantemente en plena armonía de todos sus órganos componentes. Así, el archivo no es un simple depósito, sino una ordenación sistemática que ofrece al especialista y también al visitante de paso y al aficionado la imagen sintética de una idea, de una acción, de una época, de una colectividad o personalidad. El archivo concebido de este modo es un microcosmos; es una fuente de conocimientos, pero también de actividades, — un generador de energías que, después de haber pasado una vez a través del amplio campo de los hechos, vuelven clarificadas y coordinadas en el dominio siempre engrandecido de la actualidad, es decir, de las nuevas luchas y nuevas realizaciones.»

..

De una carta al Dr. Tr. L. (21 de junio de 1938):

«Precisamente cuando pensaba que me había librado de la pesadilla de las traducciones ¡viene Vd. a proponerme un nuevo plan de traducciones, para otros cinco años! Cuánto trabajo meticuloso y agotador he desempeñado, durante seis años, para los 21 volúmenes vertidos del alemán en rumano, obras de Stefan

Zweig, Emil Ludwig y Jacob Wassermann (sin incluir aquí los tres libros de adaptaciones y resúmenes). Años perdidos para mi actividad personal, irremisiblemente perdidos — pese a que, en cierta manera, el ejercicio de traducir sea, para el escritor, una buena disciplina intelectual y estilística... Por otra parte, el problema que me preocupa ahora es el de volver a adaptarme al trabajo de creación original. Las traducciones me han infligido una especie de «deformación profesional»: — trabajaba, por así decirlo, la parte superficial de la mente, en cierto ritmo de percepción y trasposición de un idioma al otro — mientras el poder personal de crear ha sido comprimido; esta energía propia se quedó en el fondo, languideciendo y aún rebelándose muy a menudo. Y ahora, cuando he tomado nuevamente la decisión (traicionada antes diez veces por lo menos) Vd. me tiende un cebo, por lo demás muy tentador. El plan de traducir una serie de obras de los clásicos alemanes, empezando con Wahlverwandschaft (Afinidad Electiva) y Wilhelm Meister de Goethe, está muy bien concebido; esta iniciativa le pertenece toda y, sin duda alguna, Vd. sabrá llevarla a cabo sin mi colaboración. Me encuentro ahora en una encrucijada y, justamente para liberar mis energías propias — tantas que me quedaron — he «liquidado» en este año todas las traducciones. Ya empecé a estudiar los libros que esperan desde hace mucho, porque quiero preparar algunos trabajos de clarificación y síntesis de ciertos conceptos... valederos para el año 2000, si no para más tarde aún. Por oscurecido y amenazante que sea hoy el cielo de la cultura europea, cada uno de en-

tre nosotros debemos conservar las lucecitas de la fe, combativa y creadora a la vez, para los que vendrán después de nosotros...»

..

¡MEA CULPA! (Prólogo de la versión japonesa de «Los Principios humanitaristas», 1955.)

«Cada individuo y cada pueblo es responsable de la última guerra. Unos por su participación activa, otros por su inercia, su ignorancia, su indiferencia o su cobardía.

Un profesor de Kyoto me escribió, en una carta, esta confesión conmovedora: «Nuestro pueblo japonés es eterna y profundamente responsable y culpable de la última guerra»...

Este grito de la conciencia de un intelectual japonés, cuyo país fue tan terriblemente asolado por las primeras bombas atómicas caídas en Hiroshima y Nagasaki, es también un llamado a la conciencia de todos los hombres y de todos los pueblos.

¡Si! Todos los pueblos son «eterna y profundamente responsables de la última guerra». Y más responsables aún son los que concibieron, fabricaron y utilizaron, con su ciencia inhumana, las primeras armas de destrucción total.

¡MEA CULPA! ¡Hagamos todos mea culpa!

Y fraternicemos con los fieles servidores de la paz y de la cooperación entre todas las razas, en todos los continentes, para realizar en este mundo, sin tardanza, la resistencia moral que hará imposible una nueva tentativa de guerra que pueda aniquilar la cultura y la civilización y, con ellas, la humanidad entera.»

AS individualidades humanas se forman a base de estructuras heredadas; se forman por contacto constante con cierto número de colectividades que se extienden desde la familia a los amigos, a las asociaciones de estudio y oficios, al ambiente local y nacional, a la humanidad. Estas colectividades, por su parte, toman el carácter especial de sus componentes, de las funciones y caracteres de la vida de éstos, de las condiciones que encuentran en aquellos núcleos, condiciones que favorecen o impiden la realización de los dos objetivos propios del individuo y propio también, de toda colectividad: seguridad relativa y expansión posible. Para conseguir estos dos fines, individuos y colectividades están en guardia y dispuestos a la defensiva, cuando no se trata de ganar terreno y se actúa con iniciativa de ofensiva.

Revolución y juventud

por J. GUERRERO LUCAS

SACUDIDAS colectivas. Pueblos encolerizados. Juventudes más y más conscientes de la tragedia que implican los estamentos generales en vigor. Del callejón sin salida a que los poderes actuales, en sus distintas versiones, van conduciendo a la especie. Del balance desastroso que arrojan, en lo vital, el curso de las democracias y la estafa gigantesca del devenir comunista.

¡Lo vital! El individuo preparado, responsable, dotado de personalidad y posibilitado de ejercerla. Normas naturales, amplias, que abarquen las inquietudes del corazón de los hombres, ofreciendo vía anchurosa a sus instintos solidarios, a sus ansias permanentes de evolución y progreso, de paz, de seguridades que no hayan de cimentarse en el duelo de los demás.

Labor de alta educación, de moral y humanidad, que active el advenimiento del hombre formado y libre, factor social decisivo sin el que nada se salva. Función por excelencia que los poderes en curso se obstinan en desdeñar, siendo, sin embargo, la sola susceptible de aplacar el horizonte angustioso a que nos vemos empujados. De ilustrar con mejor trazo el futuro amenazador que el presente caos anuncia.

Mas sin duda un hombre libre es un soldado menos dúctil, un arma menos mortífera — o tal vez menos suicida — en manos de los detentores de la autoridad material. La razón de Estado quiere instrumentos irreflexivos. Seres aptos a erigirse, por decisión superior, en lobos de sus semejantes, o a aceptar sumisamente el sacrificio provocado, según la concepción bélica de los mandos del momento. Y ésto tanto en lo castrense como en el otro terreno de batalla aún más cruel: la jungla social, sujeta a los excesos financieros y políticos. A la mojigatería autoritaria y religiosa. Al cloroformo oficial. Mecida en la incommensurable burla de un sufragio universal ejercitado por masas extraviadas que los propios gobernantes mantienen en la ignorancia para mejor obtener legitimación por ellas.

El conocimiento implica facultad de discusión, de enjuiciamiento y análisis. Sin lograr justificarla, este hecho explica la opción, decididamente inquisidora y reaccionaria, de los diversos poderes, bajo cualquier etiqueta. Su orientación regresiva. Su pestilente papel de violadores de conciencias, de obstáculo permanente a la progresión armoniosa del conjunto ciudadano. El genocidio mental, la

adulteración moral, las mutilaciones físicas... El deleznable distintivo de carceleros del orden que es común a los gobiernos actualmente padecidos por el Este y el Oeste. Malhadada sociedad comerciante y policiaca que la juventud rechaza cada vez más numerosa, más decidida y violenta.

La aridez autoritaria no renuncia a su ambición de uniformar a los seres. Pero los hombres insisten en acariciar el viejo sueño de liberación que cuenta en su haber las gestas más hermosas de la especie. El tiempo no se detiene. Su curso entraña el ascenso, lento pero irrefrenable, en el penoso caminar de las conquistas populares. Se abren perspectivas nuevas. Un internacionalismo «de facto» va destruyendo las divisiones geográficas. Los diversos grupos étnicos acentúan su entendimiento, por la clarificación que abren los desplazamientos, la información, la cultura. Surgen posibilidades hasta ayer insospechadas.

Y es cada vez más difícil sorprender a los humanos. Y la mentira hecha ley vacila peligrosamente. Y cada vez toma más cuerpo una evidencia cegadora que las especulaciones oficiales ya no ocultan: la de la necesidad de cambiar no los equipos que detentan el poder, sino el origen, la esencia, el concepto del poder mismo. De que no basta cambiar de manos la aplicación de los medios coercitivos, sino acelerar el fin de autoridades bastardas que muestran cumplidamente su impotencia de aportar soluciones, ni aún parciales, a los problemas endémicos que sufre la sociedad. De que la federación sustituya al centralismo. La asamblea libre al decreto. La igualdad al privilegio. La justicia a la caridad. El razonamiento al dogma. La intervención general al monólogo desértico del infalible de turno. De que la base se eleve al control de a cosa pública. De extirpar las estructuras presentes y transformar la sociedad de raíz, abriendo un nuevo vivir de cauces más venturosos a las creaciones humanistas; otro mundo, otros quehaceres en que la ciencia, la técnica, las potencias naturales que el hombre ha domesticado, no tengan misión más alta que servir a los humanos, en lugar de hacer planear la destrucción universal.

... La necesidad, en suma, de hacer la revolución.

La revolución es joven. La juventud no se engaña. Los bloques que se disputan la hegemonía mundial han relegado al desván de los trastos oxidados los valores esenciales e inalterables del hombre por los que aún estamos, muchos, dispuestos a comba-

tir. Descarada, insoportable, en los países que se quieren de los derechos del hombre; sinuosa, emborachada en dialéctica burocrática por los que se auto-titulan patria del proletariado, la explotación se mantiene. La opresión subsiste, reina. La libertad sigue siendo el pariente desheredado. ¡La libertad, sola vía de dignidad y grandeza sin la que no se vislumbra regeneración posible, y que los grupos de presión de la avaricia económica y el absolutismo ideológico se obstinan en presentar como un apéndice inservible!

Los hombres gimen y esperan. Los intereses creados esgrimen las mismas armas, casi los mismos preceptos, invocan las mismas causas, usan de iguales recursos, en Nueva-York y en Moscú. No hay diferencia sensible entre el atentado franquista a la universidad española y la represión desatada por los líderes polacos contra el mundo estudiantil. Nada identifica tanto a los regímenes de oprobio como el pavor visceral a la intelectualidad que quiera honrar el carácter de avanzada que le es propio. Al arte que sobrepasa los márgenes del sistema. Al pensamiento creador incapaz de doblegarse. No, nada se halla tan cerca de los bárbaros del crimen imperantes en Madrid como la reacción despótica de los zares de Varsovia. Igual que nada hay más próximo de la oscuridad fascista que el conservatismo idiota del escritor-funcionario, virey del saber legal fijado por un partido.

La juventud se levanta contra este estado de cosas. ¡Legítima rebeldía! El mundo mal llamado libre y el pretendido socialista se estremecen al unísono. Capitalismo y marxismo descubren, embarazados, la total similitud de sus problemas respectivos. Ambos se ven abocados a mutaciones sensibles, pedidas — cuando no impuestas — por los ámbitos más ágiles y socialmente formados. ¡Consolador despuntar de la época singular que nos toca compartir! Las convulsiones en curso traducen un claro espíritu de juicio y contestación por parte de amplios sectores, a los que será difícil reducir al conformismo adocenado garate de los excesos subsistentes por doquier.

Los jóvenes no se engañan, ni se movilizan ya por soluciones insolventes, parciales y fracasadas. La malograda revolución de Octubre no ejerce ya fascinación alguna ante una juventud despierta que aspira a llegar más lejos. En cuanto a la democracia cómplice de dictaduras, cuna de mil atropellos contra el derecho de gentes, coartada del Capital, sanguijuela de los duelos y el hambre del tercer mundo; la democracia podrida de la intriga partidista, del contubernio de cámara, del voto televisado, su corrupción e inconsecuencia la impiden considerarse fórmula recomendable, título al que ya ni aspira...

Lo que está en tela de juicio es la organización completa de la colmena social. Lo que se ha hecho inaplazable es la búsqueda elevada de nuevas bases de coexistencia, de estructuras más idóneas, de opciones más racionales, más justas y equilibradas. Se trata, sencillamente, de una lucha por la vida

y la felicidad de todos. Por la sola factible: Vivir y dejar vivir. Más que dejar: combatir para que otros vivan. La noble utopía de siempre, que seguimos resistiéndonos a declarar inactual.

En voz genial y humanista se nos ha dicho con fuerza que los hombres que no saben gozar de felicidad más que en la felicidad y el bienestar generales no han estado nunca solos, ni estarán solos jamás. Y esta es la inquietud motriz que parece presidir la revuelta juvenil a escala internacional. Aquí, rubor de ser blanco, o de comer cada día. Allá, audaz enfrentamiento a la coacción gubernativa. Y en todas partes consciencia del dolor universal, que se anhela compartir, justificar, redimir. Cual impulsos renacientes de fraternidad sin patrias que son, tal vez, las primicias del orden que ha de surgir sobre las ruinas de un presente que sabemos condenado.

El viejo mundo vacila. Los pontífices de todas las religiones estáticas — sean de Iglesia o de Partido — confiesan no comprender las motivaciones íntimas de las actuales protestas. El acontecimiento les desborda. Su sentido les escapa. Madrid, Berlín, París, Roma, Praga, Varsovia, Amsterdam, Túnez, El Cairo, Brasilia... Estupor y desconcierto de los pastores en falta. Los rectores se interrogan. Los dirigentes se inquietan. Se quejan amargamente de una juventud rebelde acusada de rechazar el diálogo. De entregarse a destrucciones inútiles, sistemáticas: No son reivindicaciones clásicas estudiantiles. Es la negación airada de todo un modo de ser que se ha desautorizado. Que es preciso cercenar para que los hombres puedan enderezar sus espaldas y alzar, al fin, la cabeza sin tener que estremecerse. Aurora desconocida que dignifique y libere los destinos colectivos.

Como luchadores avezados a abrazar sin reticencias la causa del porvenir, participamos de lleno en el movimiento ejemplar que los jóvenes conducen contra los diques asfixiantes de la sociedad presente. Nuestra emoción, nuestra fé, la confianza apasionada que ponemos en el hombre, se confunden a esta empresa de contestación global en la que queremos ver los gérmenes poderosos, la médula libertaria, de un socialismo sin rejas que siempre consideramos finalidad esencial.

Como españoles, pedimos reflexión a los sectores de oposición intermedia, que esperan encasillar el futuro nacional en los cánones infectos contra los que hoy escuchamos el clamor universal y que la juventud mundial va declarando inaceptables. La liberación de España no será reglamentada por las prácticas enfermas del compadreo liberal. Aspirar a lo contrario es solo un eufemismo trágico.

Como hombres, como españoles, como anarquistas, en fin, la llamada es invariable: ¡La Revolución! ¡Ahora! Un mundo nuevo está en marcha. Hay que ayudarlo a venir.

Cuanto se han comprometido, o hayan de comprometerse, en tan excepcional tarea son ya nuestros compañeros.

FEDERALISMO SOCIAL

por LUIS DI FILIPPO

ESTA oposición comienza por someter a juicio el concepto del Estado moderno como regulador de la vida humana. Participan de tal corriente quienes consideran que el hombre no debe sacrificar su personalidad en aras de la razón de Estado (1), y que la libertad individual debe ser rescatada de las mallas de la estructura estadual en cuyas redes yace prisionera. Es el viejo tema de la libertad que reaparece con renovado vigor después de haber sido desplazado por el de la organización y la disciplina ambos implícitos en el tema del orden, pues siendo éste un problema social concreto relegaba al otro, abstracto, a un tópico de filosofía especulativa (2).

Ya Harold Lasky, en su libro «La libertad en el Estado moderno» (3), advirtió que «la libertad exige siempre la limitación de la autoridad política». El mismo autor, hace más de veinte años, en su volumen «Introducción a la política», comienza su capítulo primero («La naturaleza del Estado») con estas palabras: «Todo ciudadano del mundo es súbdito de un Estado. Está legalmente obligado a obedecer órdenes, y los perfiles de su vida vienen marcados por las normas que el Estado impone». Y agrega de inmediato: «El Estado es, de esta suerte, un modo de regular la conducta humana».

De estas premisas surge la consecuencia de que la libertad del hombre, aun en las democracias más liberales, ésta condicionada a las limitaciones de un poder cuya tendencia natural es la de no limitarse a sí mismo. De ahí que Lasky considere que la relación existente entre el Estado y el ciudadano es una relación de Poder a súbdito; y suponemos que el teórico máximo del laborismo inglés emplea el término «súbdito» con exacta intención calificativa.

Este proceso invasor de la autoridad del Estado, lento, constante, tenaz, gradual, cotidiano, parecido al de la gota de agua que termina por horadar la piedra, culminó con el advenimiento de los Estados dictatoriales. Rusia, primero, Italia y Alemania después, en forma radical liquidaron los vestigios de la personalidad y configuraron lo que Cassirer llama «el mito del Estado» (4), y lo que

Ortega y Gasset anticipó cuando nos decía en uno de sus pequeños ensayos: «La divinidad abstracta de lo colectivo vuelve a ejercer su tiranía y está ya causando estragos en toda Europa... El poder público nos fuerza a dar cada día mayor cantidad de nuestra existencia a la sociedad» (5). Claro que como «el Estado es todo lo social» para la teoría y la realidad política ya entonces en auge, salta a la vista que esta «sociedad» de la cual nos habla Ortega no es otra cosa que el Estado mismo.

Con no menos acento profético, mucho antes, bajo la bóveda de un templo argentino, en la pequeña Catamarca de 1853, Fray Mamerto Esquiú exclamaba: «¡Que el individuo, el ciudadano, no sea absorbido por la sociedad, que ante ella se presente vestido de su dignidad y derechos personales; que éstos queden libres de la sumisión a cualquier autoridad!». Y recuerda «el ejemplo de los fieles que inmóviles, resistían el impulso tiránico de los Gobiernos, de las leyes, de las preocupaciones del mundo entero» (6).

Con el advenimiento del Mito, el Estado se convierte no en «un modo de regular la conducta humana», como dice Lasky, sino en el único modo posible de regularla. Ya es lo que quería Fichte: «El Estado, como el sumo administrador de las cosas humanas, como Dios, como el tutor de menores, responsable solamente ante la propia conciencia, tiene el derecho de obligar a estos últimos a salvarse» (7). Para Fichte el hombre es un eterno menor; algo menos aún que un súbdito... Y el «súbdito» nunca, ni en las más férreas monarquías, se sintió más supeditado, más aniquilado, ante el impersonal poder cuyo crecimiento asombra. Tenía razón Hobbes al tomar para sí como lema de su obra magna, estas palabras dichas en homenaje del gran Leviathan: «Sobre la tierra no hay poder que le sea comparable». Hobbes las repetía con acento profético, como admirado de su propia creación ideal que veía proyectada en el futuro.

Es evidente que esta inflación del Poder del Estado está llegando a su máximo nivel; usando una imagen de Bertrand Russell, diremos que el Poder ha llegado a su máxima densidad (8). Lo que Hob-

(1) *Los derechos del hombre y la ley natural*, Jacques Maritain, (Biblioteca Nueva, Bs Aires).

(2) Véase al respecto: *Autorità e Libertà*, de G. Rensi, (Libreria Politica Moderna, Roma, 1936) y *Principios de Reconstrucción Social*, de B. Russell, (Calpe, 1921, pág. 245).

(3) *Cuadernos de Política*, Revista de Occidente, Madrid, 1931.

(4) *El mito del Estado* Ernesto Cassirer, F. de Cultura Económica) pág. 47.

(5) *El Espectador*. Volumen VIII, (Rev. de Occidente), 1934.

(6) Sermón pronunciado en la Iglesia Matriz el 9 de julio de 1853.

(7) Fichte, *Discursos a la nación alemana*.

(8) *El Poder en los hombres y en los pueblos*, B. Russell, Ed. Losada, Bs. As., pág. 153.

bes concibió como una teoría, allá en el año 1651, lo estamos viendo como una realidad lograda. La lógica de las ideas precedió en tres siglos a la lógica de los hechos. La reacción contra las teorías de Hobbes y de sus discípulos no se hizo esperar, por cierto. La posición contradictoria — en épocas recientes — forma parte de la historia del liberalismo y está consignada en las páginas de la abundante literatura correspondiente a los más ortodoxos defensores del individualismo y a no pocos socialistas, sólo que a éstos hay que considerarlos heterodoxos con respecto a sus tendencias centralizadoras.

Uno de estos socialistas fue M. E. Berth quién, en el año 1907, exclamaba con excesiva anticipación: «Se ha producido esta cosa enorme, este suceso de alcance incalculable, la muerte de este ser fantástico, prodigioso, que ha ocupado en la historia un lugar tan colosal... el estado ha muerto... Y León Duguit comenta con cierta prudencia: «el Estado ha muerto; o más bien, está en camino de morir la forma romana, regalista, jacobina, napoleónica, colectivista, que bajo diversos aspectos es una y siempre la misma la forma del Estado» (9).

Pero antes que Berth, Federico Engels también cantó su responso al Estado sólo que el teórico ruso Plejanov nos advierte en su obra polémica «Crítica del Sindicalismo», que se trata de la muerte del Estado burgués actual. Sin embargo, la cita de Engels, que Plejanov reproduce de la obra de aquél «El desarrollo del socialismo desde la utopía a la ciencia», no hace tal distinción. En efecto, dice el colaborador y amigo de Marx: «El primer acto en que el Estado obrará como representante efectivo de toda la sociedad — transformación de la propiedad privada de los medios de producción en propiedad social — será su último acto independiente en calidad de Estado. La intervención del poder estatal en las relaciones sociales se convertirá paulatinamente en superflua y cesará espontáneamente. El Estado no será suprimido, sino que morirá!».

En términos parecidos se expresa también Carlos Marx, sólo que a Bertrand Russell a través del análisis del «Manifiesto Comunista», le parece que «las opiniones de Marx sobre el Estado no son muy claras. De un lado parece estar dispuesto, como los modernos socialistas de Estado, a conceder mucho poder al Estado; pero del otro lado propone que, cuando la revolución socialista se haya consumado, el Estado como nosotros lo conocemos, desaparecerá». Pero Russell advierte, con penetrante razón que «entre las medidas predicadas en el «Manifiesto Comunista» como inmediatamente deseables hay varias, que aumentarían muchísimo el poder del Estado existente; por ejemplo: la «centralización del crédito en manos del Estado por medio de un banco nacional, en que el capital pertenecerá al Estado y gozará de un monopolio exclusivo»; y otra vez «centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte». Russell llega a la

conclusión tras su análisis de que «no hay que extrañarse de que sus discípulos (los de Marx), en cuanto a sus finalidades inmediatas, se hayan hecho en general consumados socialistas de Estado» (10).

No menos contundente que la de Berth es la de Berdiaeff cuando afirma: «Como las bases del conjunto filosófico del siglo XIX han sido sacudidas, asistimos a la destrucción de los Estados y de las culturas que sobre él descansaban. Lo que se derrumba son los gobiernos monárquicos y las democracias, porque igualmente deben su origen al humanismo. No es tal o cual forma de Estado la víctima de una nueva crisis o de una nueva quiebra, sino el Estado mismo.» (11).

Claro es que entre la posición ideológica de Marx y la de Berdiaeff hay una gran distancia. Pues el primero postula una superación del origen burgués del Estado y en última instancia, también un nuevo humanismo; en cambio Berdiaeff propugna una especie de retorno a la Edad Media para arrancar de raíz el tronco del humanismo de donde nació el Estado. Es que el ateísmo de Marx, heredado de la filosofía de Feuerbach, lo lleva si no a una deificación del hombre, por lo menos a una humanización del hombre — como dice Berth — pues Marx aspira «al rescate del hombre» (12). Y aquí reside la oposición radical entre el mundo medieval y el renacentista.

Pero e nesta rápida reseña fragmentaria de la polémica en torno al Estado, no podemos pasar por alto el nombre de Spencer, uno de cuyos libros se titula precisamente «El hombre contra el Estado», obra que apareció en Inglaterra, patria de Hobbes, en 1884. Claro que la posición del autor no fue radicalmente individualista (13). Lo que le interesa a Spencer no es tanto la libertad del hombre como la del comerciante o el industrial; es la libertad del liberalismo mercantil, cuyo contrafilo ofensivo resultó ser la libertad para la explotación del hombre por el hombre. Pero como tantas veces ha ocurrido en la historia de la literatura — sea ésta de pura imaginación o de índole política — la obra trasciende por sí misma las intenciones de su creador. La vehemencia, el vigor lógico, la fuerza de razonamiento, el estilo en fin, hace de «El hombre contra el Estado» un libro todavía muy actual, un mensaje fresco, un alegato acusativo que va mucho más lejos de donde, sin duda, quiso ir su redactor.

La importancia de Spencer en este orden de ideas corre parejas con la de Comte, ambos considerados

(9) Ver el estudio preliminar de Adolfo Posada a *La transformación del Estado*, de León Duguit, Madrid, Librería de Fernando Fe, pág. 37.

(10) Bertrand Russell, *Los caminos de la Libertad*. M. Aguilar, Madrid, 1932, págs. 145 y 146.

(11) Nicolás Berdiaeff, *Una nueva Edad Media*. Ercilla, Sgo. de Chile, 1933, pág. 55.

(12) Hans Barth, *Verdad e Ideología*. Fondo de Cultura Económica, México, 1951, págs. 99 y 100.

(13) G. Palante, afirma que «se puede ser individualista doctrinario y no poseer en grado alguno una sensibilidad individualista; ejemplo: H. Spencer.» Ver *La sensibilidad individualista*. Traducción italiana de G. Delchiaro, Casa Editrice Sociale, Milán, 1923.

con justicia los «iniciadores de la sociología». Así lo reconoce, entre muchos, Francisco Romero: «La filosofía, por ejemplo, ha estudiado desde tiempos remotos el problema del Estado. Ya en Platón y en Aristóteles hay importantes contribuciones a este problema. Pero no llegan a comprender que el Estado es una forma político-social especial, y que hay otras muchas formas del mismo orden que deben ser indagadas. Sobre todo es curioso lo que ocurre con el Estado en comparación con la sociedad. La filosofía del Estado, como digo, ha sido ya encarada por Platón y Aristóteles; en cambio, una teoría completa de la sociedad sólo se comienza a tratar en el siglo XIX por Comte y Spencer, iniciadores de la sociología» (14).

Desde fines del siglo XIX en adelante, la posición crítica pesimista con respecto al desarrollo y crecimiento del poder del Estado pareció un tema para uso exclusivo de los publicistas considerados de extrema izquierda. Pero la última guerra librada en los campos de batalla y también en los campos incruentos de las ideologías, incorporó a la posición reservada a las izquierdas a publicistas de las derechas. (Estas calificaciones de derechas e izquierdas, de cuño parlamentario, son hoy, evidentemente anacrónicas y artificiosas; pero todavía resultan comprensibles tomadas con buen sentido relativo y no dogmático).

Enfrentan ahora al mito del Estado, filósofos, moralistas, teólogos, historiadores y políticos provenientes de las Iglesias cristianas y, más específicamente, también del catolicismo militante. Ya en otra ocasión comentamos al respecto, la posición de Maritain a través de su libro «Los derechos del hombre y la ley natural» (15). Y mucho antes, Chesterton, no recordamos ahora en cual de sus libros, expresaba su repudio por la actitud del Estado, que pretendía hasta limpiarle las narices al hombre aun cuando fuese éste mayor de edad... Hay en esta actitud defensiva de la personalidad humana amenazada — o ya subyugada — por el Mito, un sentido de equilibrio entre las posiciones puramente individualistas y las puramente socialistas negadoras de la primera. Frente a los dos extremos se sitúa también Carlos Jaspers, quien nos dice: «En oposición a esos extremos permanentes el hombre, concreto y vivo, consciente de su dependencia específica y del valor de su individualidad absoluta... El individuo sólo existe a través de la sociedad, y nada es sin ella; y sin embargo la única realidad es el individuo.»

Esta posición política de Jaspers no es, por cierto, ocasional; es una lógica consecuencia de su filosofía; no olvidemos que en uno de sus enfoques de la historia contemporánea, el pensador germano

nos dice: «Las consignas, las teorías universales que todo lo explican, las grandes y burdas antite-sis, tienen éxito. Mientras la sencillez cristaliza en símbolos míticos, la simplificación recurre a absolutismos pseudocientíficos.» El fondo dramático de esta realidad — el coro subhumano — lo representa el advenimiento de las masas en función de poderío político, en medio de las cuales el hombre consciente de sí mismo se ve como sumergido en un vacío espiritual. No son pocas las analogías de Jaspers y de Ortega y Gasset sobre este tema.

Hace pocos meses, el joven filósofo español Julián Marías, en un reportaje concedido a Andrés Muñoz y que apareció en el suplemento dominical de «La Nación», de Buenos Aires, se suma al coro católico expresando: «Como el Estado sólo puede hacer política de un modo deficiente, hace otras cosas, se extravasa e invade la esfera propia de la sociedad, éste es el intervencionismo innecesario y patológico. El Estado, en vista de que no es capaz de resolver los problemas económicos, de convivencia política de los diversos grupos, de cooperación internacional; en vista de que no consigue interesar a sus ciudadanos en un programa de vida política común, se dedica a hacer etnología o sociología — naturalmente, muy mal — pretende desplazar a la religión o, por el contrario, imponer una confesión determinada, e incluso una «filosofía»; procura el cultivo de ciertas disciplinas y géneros literarios con exclusión de otros; altera los gestos de uso y lenguaje, por ejemplo, en el saludo; interviene en el uso o desuso del sombrero; se opone en ocasiones, al maquillaje femenino; altera de raíz, en una palabra, la relación normal con la sociedad y pretende suplantar a ésta en el ejercicio de las funciones que sólo ella puede cumplir adecuadamente.» (16).

Como se ve, está implícita en estas expresiones la reivindicación de la existencia de la sociedad cuyo impulso vital es cada vez más constreñido por la estructura que el Estado le ha impuesto.

Así se ha allegado a un momento en que partiendo de las mismas o parecidas premisas, las de restituir a la sociedad los bienes físicos y espirituales que el Estado enajenara y de rescatar para el individuo la personalidad perdida, los polos opuestos de liberales extremos y católicos — además de las posiciones intermedias — llegan a un punto de coincidencia que podríamos considerar, genéricamente, de nueva tónica humanista. La posición de lucha asumida por un brillante grupo de filósofos, poetas e historiadores católicos «representa la filosofía política que tenemos por verdadera. ¿Buscaremos un nombre para designarla? Digamos que es una filosofía política humanista o un nuevo humanismo» (17).

(Continuará.)

(14) Francisco Romero, *Los problemas de la cultura*. Publicación n° 30 del Instituto Social de la Univ. Nac. del Litoral, 1936, pág. 14.

(15) *Trimestral*. Bol. de Act. Cult., Letra y Artes del Inst. Social de la Universidad Nacional del Litoral n° 2, febrero de 1950.

(16) *La Nación*, 4 de marzo de 1951.

(17) *Los derechos del hombre y la Ley Natural*, Jacques Maritain.

Carácter y personalidad de nuestro pueblo

EL español inculto, lejos de ser un ignorante, opone a los pensamientos que pretenden vestirle de nuevo una envoltura interior que hace desgarrarse el tejido. Antonio Machado, en su admirable ensayo Juan de Mairena, donde se muestra, por fin, bajo las barreras de una escritura aún prisionera de los mitos que intenta aclarar, el vigor de un pensamiento que tiene raíces lejanas, habla de este folklore metafísico, pide que lo estudiemos no simplemente para pasear fuera de su territorio los productos mejores, música, baile o tauromaquia, sino para fijar su regla fundamental, para sacar de él como se abren cajones de mandamientos secundarios, hasta reconstruir, por el lenguaje y el pensamiento racional, el edificio completo. Uno solo obra sobre lo que conoce. Solo se cambia lo que se comprende. Uno no juzga bien más que lo que se replica.

He ahí España en silencio. No hablo del silencio impuesto por el clo-roformo político de hoy. Es preciso mirar a través del telón que pretende ocultar la víctima. Yo digo que España se calla para lo que pueda escuchar nuestro oído. No que el ruido y la palabra falten a este pueblo hablador. Pero lo que él afirma y mantiene, prueba y declara, no hace vibrar nuestra atención. La literatura más consciente, en el interior de este país que habla solo como un gran poeta sin público no es más que el eco de esta voz nacional que sube de las pendientes, de las costas y los campos y va a gritar sobre la meseta, en la más alta de las planicies desérticas. No se trata simplemente de traducir del español. Se trata de traducir al pueblo español, lengua y pueblo. Se trata de convertir en bilingüe en el interior de esta misma lengua un pueblo desde hace mucho tiempo encerrado en el monólogo.

..

Era algunas semanas después de Munich. La suerte estaba echada. Barcelona caía el 26 de enero de 1939. Al día siguiente el Conde Ciano escribía en su periódico: «La victoria del fascismo en España tiene solo un nombre, y este nombre es Musolini». El 24 de Enero Ciano anotaba: «Pedimos que nuestros legionarios sean los primeros en hacer su entrada en la ciudad, pues bien se lo merecen». En esta misma fecha, Sir Anthony Eden que, sin embargo, había sido el promotor de la No-Intervención, declaraba en Coventry:

«La Conquista de Cataluña es realizada con el poder militar y aéreo más formidable que se haya visto en esta guerra. ¿De dónde sale esta potencia de guerra? Todo el mundo sabe quien la suministra, en flagrante violación de los pactos y de las convenciones. Mientras los aviones extranjeros sueltan sus bombas, la artillería extranjera hace tirar sus cañones y la infantería extranjera marcha sobre el suelo español.»

El 1º de abril, fecha de la victoria de Franco sobre Madrid, la sombra de Felipe II y de su Escorial volvía a caer sobre España. El tiempo se paraba. Incluso reculaba. Como símbolo de la esperanza que él había acunado, que él había querido en su pueblo, Antonio Machado moría en el exilio algunos días después de haber pasado los Pirineos, con el ejército republicano en retirada. Esta última noche, Waldo Franc la cuenta, la última noche de este puro poeta, de este hombre que pedía la bondad como primer rasgo de carácter.

«La pasó bajo la lluvia y bajo la amenaza fascista, en marcha junto a la muchedumbre de desgraciados... El veía la sangre, el esqueleto puesto al desnudo, las carnes enfermas alcanzar las ropas mojadas de los camaradas, de los compañeros. Había niños en los brazos de sus madres; había ancianitas — y entre ellas la madre de Machado que no había querido nunca abandonarle —. El poeta, casi enfermo caminaba en el seno de este cuerpo doloroso, el de su pueblo, sostenido por su vieja madre, salía de la agonía actual de España

cuya visión espiritual y vigor fecundo no han sucumbido con él.»

Había ya sufrido el tanto la muerte de García Lorca.

«Que fue en Granada el crimen sabed — pobre Granada — en su [Granada...]

La sensibilidad artística de este pueblo es tan pura, tan exacta, tan rota a la experiencia del hombre que no importa qué campesino que va descalzo y que no sepa ni una palabra de la electricidad y para el que una lata de conservas con las sardinas dentro es la invención más fabulosa, podrá criticar una palabra, menos criticarla a decir verdad que aprobarla o desaprobala según que le parezca responder o no a lo que él conoce por sí mismo del amor y del dolor de los celos y la cólera, del honor y de la verdad. Tendrá, para sorprender la mentira literaria o artística la agilidad del tigre. Este pueblo demasiado pobre para ir nunca al teatro o al cine y que a veces no conoce de los libros más que las imágenes con pena tiene, sin embargo, una cultura sabia que le hace fácil la comprensión inmediata y sin gran preparación las artes que aprovechan a su formación. Los españoles leen poco. Es que tienen que comprar muchas otras cosas, y no libros. Pero este pueblo que posee un profundo instinto literario, mantenido por una tradición hablada que suministra el Romancero, y algunos volúmenes de proverbios, detenta el poder de leer, y quizá incluso mejor que los pueblos que han hecho de la

invención de la imprenta una de sus fatalidades cotidianas.

Las grandes voces de España tienen obligatoriamente la entonación y el timbre populares. Nada de verdad, nada de grande se escribe sobre esta tierra que no contenga precisamente la experiencia popular, como si la misma lengua le repugnara servir otra cosa que a la sinceridad directa y viva, la verdad de los hombres que la hablan. Es por la lengua, por la experiencia del pueblo que conoce mejor los giros y movimientos de la pasión que los de la razón, que tiene la inteligencia del corazón, la inteligencia de lo que llamamos el «psyché», por donde se sube hacia este verbo apasionado y lírico que brota de Federico García Lorca, de Unamuno o de Antonio Machado. De estos tres grandes escritores se podría decir que hablan escuchando las

voces que suben de la tierra, alrededor de ellos.

..

Al español no le gusta que nadie se burle. La ironía sentenciosa, la sátira feroz, pasa, e incluso, sí, le gusta. Su uso es común. Es porque se pega al amor como las alas al cuerpo del pájaro. El español no sabe sonreír de sus desgracias. Las siente demasiado. No se burla de lo que ama. Ama demasiado. Si se bromea en medio de la tragedia, como en Madrid o en Cádiz bajo las bombas, es que se bromea lo que se ama, «amorosamente» y que la ironía no es sino el más grave de los pudores. El español no sabe destruir por golpecitos, por arañazos ligeros. Muerde. Hiere. Destroza. Son cóleras de enamorados. Tanta pasión, exige tacto. La imperiosa gravedad de los españoles

extraña. Esta gente se mantiene siempre en las alturas. Viven, con relación a las pequeñas cuestiones, en la desmesura. Tienen el «chic» para llevaros siempre a la gran cuestión que duerme bajo la capa de las pequeñas. Estos giros dan miedo. España es una cuerda tensa.

..

El amontonamiento de la miseria en los arrabales, de la cual el arzobispo-patriarca reconocía que son «de barro en invierno y de polvo en verano», ha provocado lo que se llama «chabolismo». Los «sin abrigo» madrileños son más de cien mil en los barrios leprosos, derruidos, mal pavimentados, mal alumbrados de Cuatro Caminos o Carabanchel donde, como diría Cervantes todas las incomodidades tienen su sede.

DOS PREVISIONES

RODBERTUS, cuyo genio presenta tantas afinidades con el de Ricardo, y al que Wagner ha llamado el Ricardo del socialismo, se distingue sin embargo profundamente del maestro de la escuela clásica en que descarta la concepción abstracta e invariable del orden económico, se introduce en la realidad histórica, y hace intervenir, como causa general preponderante en la repartición, una causa social histórica, es decir, socialmente modificable, transformable. Son las instituciones jurídicas: la propiedad individual y la libertad del trabajo. En virtud de las leyes de subordinación estática de los fenómenos, de que A. Comte ha hablado profundamente, y que extienden el campo de las previsiones, de la institución de la propiedad se derivan relaciones de clases sociales: una que detenta los instrumentos de trabajo, otra que no dispone sino de su fuerza de trabajo; de esta distinción de clases se deriva, en el debate de las condiciones del trabajo, una desigualdad fundamental, indefectible de poder, porque si las relaciones entre personas jurídicas, iguales y libres, difieren radicalmente en derecho de las relaciones de amo a esclavo, en hecho, la propiedad ejerce una sujeción semejante a la esclavitud: «el hambre hace el oficio de látigo». El trabajo es tratado como una cosa, y esta cosa tiende a ser reducida, en el debate económico del

salario entre dos potencias desiguales, a su coste de producción, al minimum físico de víveres y de objetos de consumo que aseguran la conservación de la fuerza de trabajo, y la reproducción de la especie.

Rodbertus vuelve así al salario **necesario** al cual es arrastrado Ricardo, aunque el salario **natural** pueda responder a un **standard of life** superior. Pero la interpretación difiere: en Ricardo son causas naturales, que no podrían ser contenidas sino por la previsión individual del obrero. En Rodbertus, son causas histórico-jurídicas, que la sociedad puede modificar.

Si, por una parte, el **salario** del trabajo gravita de una manera constante, a través de sus fluctuaciones, hacia un minimum físico, y, por otra parte, si la productividad del trabajo aumenta, y Rodbertus ha rechazado la ley mesológica de Ricardo, de ello resultará lógicamente que la parte proporcional del trabajador, en el producto social, irá decreciendo con el aumento de su potencia productora. Tal es la previsión de Rodbertus. Fue para él, como ha dicho Châtelain, la tesis capital, la tesis directora, el gran problema para la prueba y la elucidación del cual se ha entregado toda su vida a las investigaciones y a los estudios más extensos y más diversos.

GRITO HA

Manzanas levemente heridas
por los fines espadines de plata,
nubes rasgadas por una mano de coral
que lleva en el dorso una almendra de fuego,
peces de arsénico como tiburones,
tiburones como gotas de llanto para cegar una multitud,
rosas que hieren y agujas instaladas en los caños de sangre,
mundos enemigos y amores cubiertos de gusanos
caerán sobre tí. Caerán sobre la gran cúpula
que untan de aceite las lenguas militares
donde un hombre se orina en una deslumbrante paloma
y escupe carbón machacado
rodeado de miles de campanillas.

Porque ya no hay quien reparta el pan y el vino,
ni quien cultive hierbas en la boca del muerto,
ni quien abra los linos del reposo,
ni quien llore por las heridas de los elefantes.
No hay más que un millón de herreros
forjando cadenas para los niños que han de venir.
No hay más que un millón de carpinteros
que hacen ataúdes sin cruz.
No hay más que un gentío de lamentos
que se abren las ropas en espera de la bala.
El hombre que desprecia la paloma debía hablar,
debía gritar desnudo entre las columnas,
y ponerse una inyección para adquirir la lepra
y llorar un llanto tan terrible
que disolviera sus anillos y sus teléfonos de diamante.
Pero el hombre vestido de blanco
ignora el misterio de la espiga,
ignora el gemido de la parturienta,
ignora que Cristo puede dar agua todavía,
ignora que la moneda quema el beso de prodigio
y da la sangre del cordero al pico idiota del faisán.

CIA ROMA

Los maestros enseñan a los niños
una luz maravillosa que viene del monte;
pero lo que llega es una reunión de cloacas
donde gritan las oscuras ninfas del cólera.
Los maestros señalan con emoción las enormes cúpulas sahumadas;
pero debajo de las estatuas no hay amor,
no hay amor bajo los ojos de cristal definitivo.
El amor está en las carnes desgarradas por la sed,
en la choza diminuta que lucha con la inundación;
el amor está en los fosos donde luchan las serpientes del hambre,
en el triste mar que mece los cadáveres de las gaviotas
y en el oscurísimo beso punzante debajo de las almohadas.
Pero el viejo de las manos traslucidas
dirá: Amor, amor, amor,
aclamado por millones de moribundos;
dirá: Amor, amor, amor,
entre el tisú estremecido de ternura;
dirá: Paz, paz, paz,
entre el tirite de cuchillos y melones de dinamita;
dirá: Amor, amor, amor,
hasta que se le pongan de plata los labios.

Mientras tanto, mientras tanto, ¡ay!, mientras tanto,
los negros que sacan las escupideras,
los muchachos que tiemblan bajo el terror pálido de los directores,
las mujeres ahogadas en aceites minerales,
la muchedumbre de martillo, de violín o de nube,
ha de gritar aunque le estrellen los sesos en el muro,
ha de gritar frente a las cúpulas,
ha de gritar loca de fuego,
ha de gritar loca de nieve,
ha de gritar con la cabeza llena de excremento,
ha de gritar como todas las noches juntas,
ha de gritar con voz desgarrada
hasta que las ciudades tiemblen como niñas
y rompan las prisiones del aceite y la música,
porque queremos el pan nuestro de cada día,
flor de aliso y perenne ternura desgranada,
porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra
que da sus frutos para todos.

Federico GARCIA LORCA

ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,

«ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

por FLOREAL OCAÑA

«**F**RANCO, ESE HOMBRE», pelele en manos del gobernante guerrero más fuerte de la hora, alemán o norteamericano, como lo sería el dictador ruso, en las mismas circunstancias; el verdugo — para lo único que sirve — número uno de la España del Quijote, celebró, otra vez, en el mismo año 1964, con más pompa, el aniversario de la caída, en sus manos chorreando sangre de hijos del pueblo de Madrid que aquél y sus asesores militares nazis creyeron poder asaltarla, a más tardar, en los primeros días de la segunda quincena del mes de noviembre del año precitado.

¡Veinticinco años que acabó la mil veces heroica defensa de la capital de España, y el 12 de octubre de 1961 también cumplióse el mismo tiempo que «Franco, ese hombre», destituyó, fulminantemente, a Miguel de Unamuno como rector de la Universidad de Salamanca, que ejercía con carácter vitalicio!

Pocos días antes del precitado mes de octubre histórico, el 31 de septiembre de 1961, «Franco, ese hombre», celebró también el vigésimoquinto aniversario de su gobierno, de sus llamadas bodas de plata en el poder, sus dos décadas y media de orgías de carne y de sangre generosa de mujeres y de hombres de pensar y sentir libre sacrificados por anhelar un mundo mejor, más feliz que el que nos impone el mundo autoritario.

No sabemos de otro pueblo en el orbe que ocurran, como en España, contrastes más extraordinarios, paradojas tan complejas y extrañas, sorprendentes, y coincidencias tan singulares. Ved, por ejemplo, los tres citados aniversarios al parecer distintos, hasta cierto punto, de cinco lustros cada uno, pero por el juego de los hechos y de la misma historia de España que no quiere, ni puede, desligarlos, separarlos ni saltarlos indican que forman parte de una sola y misma cosa con la que el pueblo español terminará, a un tiempo también, de acuerdo con el pensamiento y el sentimiento humanista unamuniano, con el espíritu del aniversario del atropello que sufrió Miguel de Unamuno en la Universidad de Salamanca, considerando que ésta, como toda Universidad, para cumplir con su alta misión, ha de caracterizarse como universalista, sin dogmas, receptora y transmisora de buena cultura.

Miguel de Unamuno, desde este momento, pese a todos sus detractores, cercanos y lejanos, y a sus

más acérrimos enemigos pertenecientes al régimen franquista, enfrentándose a éste en defensa del verdadero espíritu universitario y contra la mala «cultura»; adoptando, en fin, la conducta limpiamente quijotesca, definitivamente, englobado todo lo mejor del sentir y pensar de su ser, para los pocos días que la anti-España le dejaría vivir, se situó en el primer lugar de los valores humanos positivos, en el espacio y en el tiempo.

El aniversario que hoy celebramos, del digno y valeroso proceder de Miguel de Unamuno, en octubre de 1936, fue la respuesta contundente, precisa, al de septiembre que celebra las «bodas de plata» en el poder del dictador que engloba, dada su significación totalitaria, los demás aniversarios «victoriosos» que tan estruendosamente celebra en la España que sojuzga.

«Franco, ese hombre», con gesto brutal, despótico, simbolizando la inhumana, la cruel peculiaridad del régimen que le sostiene en el poder, lanzando a Miguel de Unamuno fuera de la Universidad salmantina, al arroyo, pretendió dar a entender a los españoles y al mundo entero que podía, de un solo golpe, culatazo o escobazo barrer del territorio hispano al hombre, realmente hombre, que encarnó, en un instante y para siempre, el humanismo, bien entendido, y el genio de la España del Quijote: a la verdadera e inmortal España.

Miguel de Unamuno demasiado sabía qué podía esperarse del régimen impuesto por curas, falangistas, terratenientes y las oligarquías imperantes en España; pero pese a estar su ánimo preparado para recibir, sin sorpresa, el asalto medieval y resistir su monstruoso impacto, al comprobar que el Estado fascista al iniciarse apenas había desencadenado tanta barbarie — más de la que imaginó — tanta destrucción y tanta muerte en todo el territorio que empezó dominando en julio de 1936 le lanzó su «Yo acuso» con las siguientes palabras, tan repetidas, pero que cada día que pasa y se repiten tienen más resonancias en todos los ámbitos ibéricos y del orbe todo: «Vosotros venceréis, pero no convenceréis. Y yo prefiero convencer a vencer.»

El día que Unamuno pronunció estos y otros pensamientos los franquistas — dice el testigo francés de «Vendredí», del que hablaremos más adelante — con Millán Astray a la cabeza, quisieron fusilarle, sin más espera, en aquel mismo minuto. «Lo impidió la propia mujer de Franco», por impulso quizá

— es nuestro pensar — de corazón sensible de mujer o porque, por intuición superior, generalmente hablando, en el sexo femenino a la del varón, comprendió que se perjudicaría más a su esposo, al enano de El Pardo, e hizo lo posible por evitar un mayor desprestigio político-militar del mismo ante todo el mundo civilizado: que el escandaloso asesinato se realizara ante los centenares de testigos presentes, el 12 de octubre de 1936, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca.

Vayan todas las personas comprendiendo que la suerte de Miguel de Unamuno estaba echada. Salvó la vida de momento, pero poco podía durar ya.

¿Cómo y de qué murió Unamuno? «Le Figaro Littéraire» hace poco tiempo publicó unos comentarios de Jean Cassou sobre la obra «Recuerdos sin fin» del poeta francés André Salmón, publicada por Gallimard, en la que afirma que «don Miguel de Unamuno se suicidó».

Jean Cassou opinó que «tal versión de su muerte le pareció absolutamente increíble» y añadió: «No tengo prueba alguna personal sobre la muerte de Unamuno; sólo sé lo que todo el mundo sabe. Ocurrió en Salamanca, en la zona franquista, durante la guerra. Hubo esa famosa comida oficial en donde un general del franquismo lanzó al rostro del hombre que encarnaba el genio de España, el grito: «¡Muera la inteligencia!» Unamuno, anonadado, parece que fue llevado a su casa por algunos amigos. Se le encontró muerto, solo, cerca de la chimenea. Sin duda el corazón. No sé cuál fue el diagnóstico del médico.»

Lo dicho por Jean Cassou sobre el fallecimiento de Unamuno es, en buena parte, lo generalmente admitido por todo el mundo. La misma embajada de la República española en México le dio cabida en las páginas de su boletín número 47, que leímos por casualidad. Y en el Ateneo Español, en México, D. F., en ocasión de rendirse homenaje a la memoria de Miguel de Unamuno, hablando Max Aub y los catedráticos Urbano González y José Gaos, presidiendo el acto el Dr. Joaquín D'Arcout, se dijo: «De sólida cultura, ella y su honestidad le libraron de todas las asechanzas.» Y afirmaron también que «falleció de muerte natural al fallarle el corazón.»

Es indudable que estas declaraciones hechas públicas, con toda la buena fe del mundo que se quiera, pero con ligereza, desde la tribuna del Ateneo Español, en la capital de la República Mexicana, por literatos y hombres de ciencia exilados, de cepa republicana, dándolas por buenas, sin ponerlas en duda siquiera, favorecen al franquismo. Porque la verdad es que de las «asechanzas» del régimen franquista no se salvó Miguel de Unamuno pese a su «sólida cultura y a su honestidad.»

¿Cómo pueden admitir y propagar, como bueno, totalmente, el diagnóstico de un médico franquista capaz de obedecer, sin rechistar, la «orden superior» de certificar la causa de la muerte de Unamuno después de provocarle el fallo del corazón y dejarle abandonado sin asistencia médica?

¿Que lo certificó un médico «de confianza»? Supongamos más: que lo certificaran uno o más doc-

tores en medicina amigos de Unamuno atemorizados por la situación de terror que los rodeaba y los amenazaba, pero ¿qué persona puede probarnos que no fue atendido, antes, en privado, a las buenas o a las malas por otro médico del Movimiento Nacional con forzudos ayudantes?

Más todavía: quizá permitieron que lo visitara, asiduamente, su médico de cabecera — para hacerlo servir de coartada los autores del crimen perfecto —, el de la familia, como era entonces costumbre tenerlo en España, como amigo y por si precisaba sus servicios, pero ¿quién puede atreverse, repetimos, a afirmar y probar, de manera absoluta, que no lo visitaron también, el día — o en las horas — que no le visitó el amigo o no permitieron visitas. los verdugos que tenían que aplicarle la pena de muerte al cuerpo y a la inteligencia, a la que fue condenado Unamuno el 12 de octubre de 1936?

Dadas las terribles circunstancias que imperaban entonces en la zona fasciofranquista, que las dan por olvidadas los traidores de todas las clases, y parece quieren olvidarlas hasta ciertos conspicuos republicanos y exilados españoles de diversas ideologías ¿qué amigo médico de Miguel de Unamuno habríase atrevido a pedir a las autoridades franquistas, en plena actividad a la caza de hombres y de mujeres de pensar libre, que lo dejaran llevar a cabo un minucioso reconocimiento en el cuerpo aún cálido del rector salmantino, realizar análisis, etc., para averiguar la causa real de su «fallecimiento»? Ni insinuarlo siquiera. Sin realizar su propósito le habría costado sufrir la misma o peor suerte de Unamuno.

Se sabe hoy, por ejemplo, pese al tiempo transcurrido, por el análisis químico de cabellos de Napoleón Bonaparte que el fallecimiento de éste no fue natural, como se estuvo creyendo hasta nuestros días: que murió envenenado con arsénico. Los médicos y hasta profanos en medicina sabemos cuán más hábiles son, en el presente, ciertos médicos nazis, refugiados en España, que hicieron criminales y monstruosas experiencias, con cuerpos de judíos, para provocar muertes que parezcan naturales. Y de estos «médicos» asesinos aprendieron algunos de sus colegas franquistas que han superado a ciertos de sus maestros en eliminación científica de seres humanos. Cualquier médico, haya o no estado al servicio de Hitler o de Beria-Stalin, que esté, hoy, a sueldo de los «servicios especiales» de Franco, o de otro tirano, puede causar muertes que parezcan naturales.

¿Podemos aceptar, cien por cien, el diagnóstico dado por el régimen franquista sobre el «fallecimiento» de Unamuno. Acéptenlo, si les place — o rectifiquen su error —, las personas, los centros políticos más arriba aludidos y otros sujetos basándose, ingenuamente, en que «la sólida cultura y la honestidad de Unamuno le ponían a cubierto de todas las asechanzas.» ¿De las franquistas también? Pero si los nazifasciofranquistas, que son el summun de la indecencia y de la criminalidad procedieron, precisamente, contra la cultura gritando: «¡Muera la inteligencia!»

Los libertarios españoles, de la C. N. T., de la

F. A. I. y de las JJ. LL. — los que coincidimos — interpretando el pensar y el más íntimo sentir de Miguel de Unamuno, haciéndonos nuestros sus últimos pensamientos y más valiosos postreros sentimientos, no podemos sumarnos, con el silencio mismo que observáramos, a las precipitadas opiniones políticas de republicanos y marxistas de todos los colores. Preferimos ser los depositarios y defensores de lo mejor y más elevado del pensar y del sentir unamuniano, del quijotismo de Unamuno, que salvará a España de todas las asechanzas políticas y dictatoriales, de la España del Quijote que el rector salmantino encarnó, con tanta energía y firmeza, en su última hora de vida.

Lo menos que podían hacer todas las corrientes republicanas y marxistas — que incluye a los más extremos nacionalistas, llamados comunistas — es poner en duda la causa de la muerte de Miguel de Unamuno. En este caso, menos que en otros muchos, ninguna confianza podía merecerles el diagnóstico presentado por el franquismo más que por el médico.

¿Confianza en los sayones de «Franco, ese hombre»? La política que ambiciona el poder y sueña ir ganando posiciones políticas, hoy mismo, en el seno del régimen franquista, con la venia de éste, podrá ir haciendo concesiones a sus hombres representativos, pero no se las hizo Miguel de Unamuno ni nuestro entrañable y malogrado Juan Peiró en nombre de todos los caídos y de sus afines humanistas libertarios que no se las haremos jamás. Nos lo impide un alto sentido de la dignidad humana y el anhelo de hundir, totalmente, para siempre, al franquismo, que es notorio va sosteniéndose apuntalado hoy, en particular, por las debilidades democráticas, las mismas que favorecieron el pronunciamiento militar nazifasciofranquista y su triunfo sobre el pueblo español.

Las dudas sobre el diagnóstico que comentamos fueron aumentando. Hoy ya se habla del suicidio. Con los literatos Jean Cassou y Jean Camp consideramos que Unamuno — como afirma Cassou — «es el último hombre que habría pensado en el suicidio. Todo su carácter, toda su obra, todo su comportamiento rechazaban el suicidio con horror. Es imposible creerlo cuando se le ha leído y se le ha conocido.»

En efecto, sobre el vivir Miguel de Unamuno dijo: «Para mí la vida es una lucha eterna e incesante. Odio el estancamiento. Alguien me dijo una vez que España es un paraíso perdido. Aludía a nuestras pugnas interiores, a nuestra sangre turbulenta. Le contesté que España es el purgatorio perdido... Durante un tiempo viví en Mallorca, en las Baleares. Es la región española más bella y exuberante. Sus habitantes son pacíficos, calmosos y viven sin preocupaciones porque la tierra les ofrece todo. Estuve allí durante un mes. La gente me preguntaba si me gustaba aquella vida de eterna tranquilidad. Yo les dije que su vida me parecía fútil, inútil y aburrida, limitada y completamente idiota. La vida es lucha. A mí me gusta nuestra agitada sangre española, que, al clamor de la venganza, lucha hasta el fin...»

Y en cuanto a su morir ¡cuán lejos estaba Unamuno de suicidarse, de destruirse por propia mano! He aquí su pensar y sentir al respecto: «Cuando al fin me muera, si es del todo, no habré muerto yo, no me habré dejado morir sino que me habrá matado el destino humano. Como no llegue a perder la cabeza, o, mejor aún que la cabeza el corazón, yo no dimito de la vida; se me destruirá de ella.»

Proféticas sus palabras: No dimitió de la vida; se la destruyó el régimen autócrata de «Franco, ese hombre», que no aceptó que Miguel de Unamuno, con su gran corazón quijotesco, limpio de impurezas estatales, más que con la cabeza, se atreviera a luchar hasta el fin de su existencia dándole la batalla ética e intelectual — ganándose la ésta en el lugar adecuado — en la universidad de Salamanca, sin darse por vencido, erecto, aun perdiendo el combate armado que se inició el mismo año de 1936, seguro, no obstante, que se reanudará, y el clamor justiciero, ¡no de venganza! del pueblo español, del gran Quijote, acabará ganándola, definitivamente: ¡venciendo a la anti-España!

LA VERDAD SOBRE EL SENTIR Y EL PENSAR UNAMUNIANO

A Miguel de Unamuno no tenemos que reprocharle lo que él mismo rectificó, confesó y afirmó en la universidad salmantina contestando a los exabruptos y a las amenazas violentas pronunciadas por Millán Astray, con palabras, en cierto modo, y totalmente con su conducto postrera, sintetizando lo dinámico y sano de su ser sensible, lo definitivo, sin posibilidad de vuelta atrás, a sabiendas de que ya no podría retractarse; sin pasado, con sólo presente y futuro a mejorar, con todas las potencias de su genio concentradas en lo que quería de bueno para España, aunque fuera a costa de perder la vida: «Acabo de oír — dijo Unamuno — el grito «¡Viva la muerte!» Y yo, que he pasado la vida creando paradojas, que han despertado iras incomprensibles, les debo decir, en calidad experta, que esta grosera paradoja me resulta repelente. El general Millán Astray es un hombre desarbolado.»

Confesaba haber sido un creador de paradojas que no han sido todas bien interpretadas; y otras no contenían la malicia que muchos sujetos les atribuían. Además tratar de grosera y repelente la paradoja de Astray era tanto como tratarlo a él mismo de grosero y a «Franco, ese hombre», que está totalmente identificado con aquél, y de repelente el régimen que ambos contribuyeron a establecer.

«¡Mueran los intelectuales!», gritó también, como un energúmeno, con enfurecimiento asesino, empuñando nerviosamente una pistola mientras su ayudante de confianza ponía su metralleta a punto de disparar dirigiendo la boca de tal arma de fuego hacia el cuerpo hercúleo de Miguel de Unamuno que, sin amedrentarse, sereno, desafiante, con la energía, el valor humano y la dignidad quijotesca que no tendrían, en la misma o parecida situación, algunos de sus críticos y detractores, continuó diciendo: «Este es templo del intelecto. Y yo soy su

gran sacerdote. Están ustedes profanando su sagrado recinto. Ustedes vencerán, pues disponen de la fuerza bruta más que suficiente. Pero no vencerán. Para convencer necesitan persuadir. Y para persuadir necesitan de aquello de que carecen: la razón y el derecho en la lucha. Considero que es fútil exhortarles a que piensen en España. Yo lo he hecho.»

Es lo que quería lograr Miguel de Unamuno: expresarse de modo y forma que sorprendiera a los franquistas y le dejaran acabar de decir qué pensaba y sentía en aquellas horas terribles que vivía y sufría toda España. Tenía vivo interés que en ésta y en todo el mundo lo supieran y quedara desmentida, en primer lugar, la carta que la oficina de propaganda franquista había enviado a todas las universidades del mundo atribuyéndole su paternidad, siendo falso, en la que se lanzan protestas contra las atrocidades y crímenes que cometían los rojos, dando a entender así que Unamuno estaba — siendo mentira — al lado del franquismo.

La verdad es que el indecente embuste propalado por el régimen franquista lo creyeron personas de todas las ideas y psicologías, lo siguen sosteniendo hasta escritores como Ramón Sender, que se llaman antifranquistas, y todavía no faltan bienintencionados individuos, de vanguardia social, que lo creen, como es creído el diagnóstico sobre la muerte de Unamuno dado por «Franco, ese hombre».

Conociendo la psicología criminógena de los centenares de franquistas, los más armados, que le rodeaban, y sabiendo que más de uno vacilaría en dispararle sus armas de fuego allí mismo, según cómo los hiciera reaccionar: en el paraninfo de la universidad, convencido que bajo el signo franquista sería la primera y la última vez que hablaría en público, este genio de España lo hizo con el tacto psicológico que exigía aquella situación trágica, y lo logró empezando diciéndoles: «Todos ustedes están pendientes de mis palabras», proyectando así Unamuno cuán interesado estaba en suggestionarlos, paralizarlos y estuvieran, realmente, pendientes de las mismas para que no le achacaran más otras, en particular los periodistas extranjeros presentes que habían estado difundiendo, por medio de la prensa internacional, los informes dados por el franquismo escritos o hablados, según éste, por Unamuno, que sólo tuvo la ocasión de hablar una sola vez: el 12 de octubre de 1936.

«Todos me conocen — prosiguió diciendo Unamuno — y saben que soy incapaz de guardar silencio. Hay ocasiones en que estar callado significa mentir. Porque el silencio puede ser interpretado como asentimiento. Por eso comento el discurso — de alguna manera hay que denominarlo — del general Millán Astray, que se encuentra entre nosotros. Lo digo sin pizca de malicia. Es un inválido de guerra. Y me apena pensar que pudiera dictar el modelo psicológico de la masa que le obedece. Un desarbolado que carece de la grandeza espiritual de un Cervantes, es capaz de buscar un siniestro alivio ocasionando mutilaciones en su alrededor.»

Más arriba ya transcribimos algo de lo que manifestó Unamuno, seguidamente, gritándole al

franquismo, con tono condenatorio y despreciativo que su Movimiento Nacional no podía persuadir, porque «carece de razón y de derecho.»

Cuando los franquistas con o sin sotanas y armas que llenaban el salón de actos académico de la universidad de Salamanca reaccionaron y saliendo de la sorpresa con sus gritos violentos, dictérios y amenazas mil enmudecieron a Miguel de Unamuno éste había expresado lo fundamental de su pensar y sentir: su repudio total al nazifasciofranquismo y su defensa de todos los derechos humanos. España y todo el mundo ya sabían a qué atenerse al respecto: conocían la verdad.

Desde ese momento su estatura histórica y humana, universal, se elevó tanto como se disminuyó la de «Franco, ese hombre». Y mientras la de éste irá reduciéndose más y más, hasta que de su nombre ni el recuerdo quede, la de Miguel de Unamuno seguirá agigantándose con el tiempo, como ha ocurrido, por ejemplo, con la de Sócrates y otros buenos sabios y varones y con la de mujeres de la misma calidad humana.

Es evidente que Miguel de Unamuno prefirió correr el riesgo de que le asesinara el franquismo, en contubernio con la Iglesia, a que el pueblo español y el mundo pensante libre creyera que admitía, cruzado de brazos, en silencio, sin protestar, cuantos horrores presenciaba: mujeres, hombres y niños tratados con monstruosa sevicia y asesinato de los más fervientes sospechosos amantes de la libertad. Muy claro se lo escupió al rostro del franquismo cara a cara: «Mi silencio puede ser interpretado como asentimiento.»

Esta actitud solidaria y de limpio heroísmo humano adoptada por Unamuno en la hora final de decidir ser o no ser hombre, sin términos medios, es la que admiramos y defendemos por doquier, a los cuatro vientos.

Jean Cassou, en el comentario que transcribimos, se refirió al primer grito del generalote Millán Astray: «¡Muera la inteligencia!», pero dejó sin recordar el segundo grito por el mismo abyecto sujeción: «¡Viva la muerte!», que es importante, psicológicamente, porque ambos se complementan y proyectan, claramente, el pensar y el sentir de los defensores del régimen franquista con respecto a los intelectuales, qué habían determinado hacer a cuantos habianse opuesto, antes de 1936, a sus designios totalitarios y a los que estaban disconformes con los procedimientos brutales y sanguinarios que usaba el Movimiento Nacional en los lugares que triunfaba: eliminarlos. Y con los dos gritos rabiosos, que ponían al descubierto el alma de la anti-España, condenaron a muerte a Miguel de Unamuno por considerar que en aquel momento simbolizaba a la intelectualidad española libre, progresiva e insobornable.

Millán Astray no pudo ordenar la ejecución inmediata de Miguel de Unamuno por sus incondicionales subordinados asesinos del Tercio, ni por los guardias civiles — los más inciviles y viles de España —, ni por propia mano, como hizo además de hacerlo. Le contuvo el estupor casi general que produjeron sus palabras y su acción amenazante: ho-

rror en algunos catedráticos, en parte por estar Unamuno sentado al lado de la esposa de «Franco, ese hombre», por encargo de éste, que bien lejos estaba de pensar que le sorprendería con firme actitud rebelde, y porque personajes policiacos de alta graduación criminal se le acercaron rápidamente, aconsejándole que ese día «dejara en paz al rector: que tuviera en cuenta que estaban presentes periodistas del exterior; que se hallaba en la universidad de Salamanca y no en un territorio africano ni en la calle siquiera; que la oportunidad se presentaría o se organizaría muy pronto; que la ejecución de la condena por él señalada contra el atrevido rector, interpretando el sentir del Movimiento Nacional y de su caudillo no pasaría del año 1936.»

Las últimas líneas entrecuilladas son textualmente transcritas de una carta — leída en el curso de la charla omitiendo el nombre del remitente — en la que recibimos, en 1962, noticias diversas de España de un profesor — testigo — que aún vive en el interior —, que, «por casualidad — dice en su misiva — estaba ubicado a dos pasos cortos de Millán Astray. A esta distancia escuchaba sin que a los interlocutores les importara, al parecer, levan-

tar la voz y los oyeran los que los rodeábamos en aquellas circunstancias tormentosas. Creo — sigue diciendo el informante — que lanzaron baladronadas para apaciguar al general Astray y evitar provocara a desaguisado.»

Pero la verdad es que el informe hoy adquiere toda la importancia que no le dimos al recibirlo.

A UNAMUNO NO LE ANONADARON

El 12 de octubre de 1936 Miguel de Unamuno salió de la universidad de Salamanca del brazo de un catedrático, apoyándose la esposa del generalísimo en el otro brazo del mismo, oyendo groseros anatemas que le dirigían, gritos bestiales y coreados lemas ensalzando el Movimiento Nacional fascista.

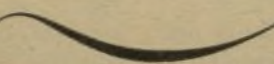
Se supo que «Franco, ese hombre», valentón con las mujeres, como cualquier fanfarrón de baja estofa, amonestó agria y severamente a la suya — en presencia de varios generales íntimos para que corrieran la voz por haber acompañado, voluntariamente, a Unamuno después de haberse éste manifestado, rotundamente, contra el régimen que él representa.

(Continuará)

Sobre el salario

Ferdinand Lassalle se aplica a las condiciones psicobiológicas de la determinación del salario; la ley de bronce del salario que es la ley cruel de Robertus, reviste en él el carácter de una ley histórica, no de una ley natural; expresa la constancia de las relaciones entre el salario y las condiciones psicobiológicas de su determinación, en la fase histórica en que la propiedad individual engendra la separación del capital y del trabajo; ahí, ella es a sus ojos inexorable e ineluctable; ahí las energías morales propias para desenvolverse, a medida que se eleva el salario, y con él el *standard of life*, y que se resiste a su rebaja, son paralizadas a sus ojos por la operación de una fuerza distinta: el principio de la población, la tendencia del hombre a reproducir su especie. «Todo el interés de la cuestión — escribe en su *Bastiat-Schulze* — consiste en esto: en saber si el número de los trabajadores, cuando el capital aumenta y el salario sube, no aumentará en una progresión más rápida aún, para

rebajar de nuevo el salario, y hacer caer su tasa más bajo.» Y Lassalle, respondiendo él mismo a su cuestión, admitía que este aumento más rápido de la población es inevitable; el mejoramiento de las condiciones materiales de los trabajadores da una impulsión a los matrimonios y a los nacimientos, y se expresa exclusivamente por eso. Semejantemente toda rebaja del salario corriente, por bajo del salario necesario, acarrea la disminución de la población por las privaciones, las enfermedades, la muerte; esta vez son los fallecimientos los que se multiplican: la oferta de trabajo se reduce, la concurrencia cede, el salario corriente se eleva hacia el salario necesario. Tal es el ritmo terrible que, si se deriva de la naturaleza del hombre, no se deriva de ella sino en las condiciones sociales y jurídicas de una fase de la historia. Y así será, en el porvenir, tan largo tiempo como subsista la separación del capital y del trabajo. Tal es la previsión de Lassalle. — H. D.



FILTRO DE IDEAS

CAMUS, EL GRANDE

(Continuación)

por M. CELMA

DE LA ACCION Y EL ALMA

EN «Creación y libertad», ha escrito sobre el marxismo una sentencia lógica en Camus puesto que viene a respaldar su idea preferida de rebeldía permanente. Dice así: «El marxismo hoy es una mixtificación no menor que la que otrora fundaba la opresión colonialista so pretexto de salvar las almas de los infieles.»

Y en «Los almendros»: «Nuestra tarea de hombres es de encontrar la fórmula que apacigue la angustia infinita de las almas libres.»

O bien, volviendo a «Prometeo en los Infiernos»: «Lo que caracteriza a Prometeo es que no puede separarse la máquina del arte. Piensa que se puede liberar al mismo tiempo los cuerpos y las almas.» Y concluye: «Hoy como ayer los políticos en voga piensan que sólo sometiendo el alma pueden liberar el cuerpo.»

En «El exilio de Elena», dirá: «El cristianismo ha comenzado substituyendo la contemplación del mundo por la tragedia del alma.» Pero se refiere a la de su Dios puesto que a renglón seguido agrega: «Dios muerto, nada, ni alma siquiera — causa de inmortalidad que se perdió con Adán — les queda a los cristianos.»

Mirando más cerca y más bajo, también llega a conclusiones interesantes. «Rechazar la invitación de un alto personaje, supone para muchas cabezas tener un alma torcida.» o en «Reflexiones sobre la Guillotina»: «Una de las fuerzas del alma se desencadena hasta ocupar toda la plaza de la conciencia.»

Y si no fuera por alargar demasiado estos relatos, con esta última frase ofrece tema abundante para discurrir sobre el estado y la naturaleza de la conciencia. Mas, dejémoslo.

En «El artista en la cárcel», escribe: «El esfuerzo hacia la verdad, la simple resistencia a todo lo que en la cárcel reduce al hombre a lo más bajo, es bastante para extenuar un alma.» ¿Pensó Camus en Bakunin y el período que éste pasó en el presidio «Pedro y Pablo»? Yo deduzco que sí.

Camus busca un sentido a la vida. «Un sentido a la vida» es también el título de un excelente libro de Jean Guehenno, su amigo de estudio, de ideas y de la resistencia. Sobre el tema los dos debieron discurrir horas largas.

Busca ese sentido «aunque de la vida no conoz-

camos nada». El loco y algún sabio también, ha rechazado esa inquietud a cambio de la paz del alma.

La acusación al sabio no es un abuso. Recordaremos solamente aquel consejo contra natura según el cual: si quieres vivir feliz no analices mucho, no analices.

No querer saber más significa para éstos un paso adelante y una liberación — triste según yo y decadente — del alma.

Hay también el alma ruda, áspera y bronca hija de los dichos populares, que pasan a ser refranes cuajados en verdaderos estados de alma.

Stravinsky fue un alma así.

En «Plotino y San Agustín», dice que «en todo cristiano hay dos estados de alma en guerra permanente: el pesimista y el de la esperanza». Sin embargo, estamos obligados a referir que Balmes, una de las autoridades cristianas, no opina así.

Esa inquietud y esa guerra no existe en el cristiano, seguro como está de la salvación eterna que ha comprado con su credo. Esa guerra para Balmes está en el hombre no católico: Quien abandona la religión católica, ha dicho, no sabe donde refugiarse. Pobre Balmes, tan inteligente y meritorio en otras cosas y tan tonto e inocente en ésta.

Namatiamus, por estos mismos motivos ya acusó al cristianismo de «secta que embrutece las almas». El Judaísmo también lo acusa de ello pero por la mansedumbre y sumisión que la doctrina predica. En realidad, endeble y frágil es la criatura humana ya que comprobado está, que por mas que se empuje, la más libre e independiente sufre momentos de servidumbre aun a pesar suyo. Por ejemplo, los apasionados. Y, ¿quién puede jactarse de no apasionarse por algo cada día?

«Las pasiones no dependen de nosotros sino que se agarran al alma y nos explotan.»

Mas, por estos derroteros llegaríamos a la conclusión que hasta los hombres más perversos serían inocentes angelitos. Por otra parte, credo (o credulidad), pasión y alma son propiedades que se complementan cuando dice que «el alma no tiene más libertad de acción que de credo».

Para su diploma de Estudios Superiores, Camus escribe: «Si el universo es bello, es porque algo en él vive. Pero también porque alguna cosa hay que lo ordena. Esta cosa es el alma del mundo.» Y mien-

tras discurre así para su diploma, en «Plotino y S. Agustín», escribe: «El alma como principio metafísico nada tiene que ver con el pecado original.» Aquella es omnipersonal, éste convencional y dependiente de una mentalidad de artista.

Y lo importante sería, pienso yo, que alguien llegase a descifrar el geroglífico que resulta de la relación que pueda haber entre esta alma del mundo con el alma o almas de cada individuo.

Según Plotino la concordancia es total. Es más, no hay más que una común para los individuos y para el mundo. Las diferencias que notamos pertenecen a la intervención del intelecto, no del ánima. El alma concebida así no se adquiere, ya se tiene. Mientras que la inteligencia es algo que se forma y que se nos pega. El alma decae muy a menudo por audacia la mayor parte de las veces, y ésta es producto de la inteligencia. Bajo esta teoría nada más fácil que concluir que la uniformidad del alma se limita a converger con la realidad de la vida, realidad que puede ser diferente a la que captan nuestros sentidos.

Para no equivocarse, Plotino deja una puerta entreabierta y dice: El alma además dispone de una parte inferior y de otra superior. La primera se une al cuerpo, la segunda será quizá la que denominamos alma del mundo.

Además, si a veces alma y conciencia se confunden, ésta suele ser superior a aquélla, se le escapa con la misma facilidad que se nos escapa la memoria. Se nos escapa la memoria pero guardamos con más facilidad sus criaturas como son la aversión, la amistad, el amor, el odio, la nostalgia, el deseo, etc.

Estos estados como principio tienen al alma como base y a la memoria como recipiente. Todos son ajenos a la materia, y que me dispensen los que se inclinan por las glándulas. El alma no se contenta con lo inteligible; va más allá. Ese más allá para algunos es Dios, para todos debería ser el Bien.

En «La Unión con el Todo», dice: «Hay que volver a la inquietud en donde el alma se destruye y

se deja absorber por la inteligencia. Esta llevada al más alto grado desaparece también para fundirse con el Todo. Es un éxtasis.

Llegado aquí ya no se puede ir más lejos, ni más alto, ni más hondo. Cuando Plotino dice que «el alma pura reside en Dios, reduce a éste a una teoría filosófica. Además agrega que «allí está el alma con lo inteligible».

En consecuencia cada vez que interviene la inteligencia la esencia de Dios queda desdivinizada.

En «Política y Cultura», Camus nos dice: «Mussolini es el continuador de los César y de los Augustos antiguos si se entiende que sacrifica, como ellos, la verdad y grandeza a la violencia sin alma.»

«Convencidos estamos, dice en «Actuelles I», que hay periodos en los que debe saberse hablar contra sí mismo y renunciar al mismo tiempo a la paz del corazón. Nuestro tiempo pasa por uno de esos periodos y su ley consiste en obligarnos a destruir una importante parte de este país para salvar su alma.»

Tenemos necesidad de hombres alertas, audaces a la vez que prudentes, de alma sensible y de recia voluntad de espíritu capaz de desinterés y de compromiso.

Y como Simone Weil, concluirá: ¿Quién puede admirar a un tirano si no tiene el alma baja?

Para esta famosa escritora, las necesidades del alma son varias: orden, libertad, responsabilidad, igualdad, honor, etc. Luego todo esto son particularidades del alma, no cabe duda.

Camus ha escrito: «Imaginar a Dios sin la inmortalidad del alma...» Como alguien le pidiera precisiones, respondió: «No te engañes, tengo el sentido de lo sagrado y no creo en una vida futura.»

Su alma era de la vida cotidiana, de lo presente, de lo humano, de lo que le circundaba. Para salvar esta alma sabía que era preciso a veces renunciar a un principio. De ahí su teoría, de aquí su lucha.

Es todo.



Contribución a la historia del anarquismo en Uruguay

EL PRIMER NUMERO DEL PERIODICO «REGENERACION»

por V. MUÑOZ

CON gran alegría he incorporado a mi colección dos números del periódico libertario «Regeneración» que, en la primera década del presente siglo, apareció en Montevideo. Digo con gran alegría, pues soy coleccionista. En nuestros medios libertarios ocurre también esta caso. Hay personas que con paciencia de hormiga coleccionan periódicos, revistas, folletos, libros, cartas, manifiestos, etc. Algunas de estas piezas llegan en estado nuevo, otras ya con ese tinte amarillento que les dan los años. Si a los seres humanos se nos blanquean los cabellos al transcurrir el cenit de nuestras vidas y encaminarnos hacia el ocaso, los queridos papeles se colorean de áureo, igual que los rizos o los bucles de nuestros niños. Se objetará, ¿y para qué guardar todo eso, si nuestra propaganda lo que debe hacer es circular de mano en mano y cumplir así su misión para la que ha sido creada? Por supuesto, debe ser leída por el mayor número de personas. Pero siempre es bueno que queden ejemplares para la consulta de los estudiosos, para la historia de nuestras ideas.

El único peligro que yo veo referente a las colecciones libertarias en manos privadas, es el de la dispersión cuando acaece el fenecer del coleccionador. Mucho antes de que esto llegue a ocurrir, debe legarla a una institución que para el porvenir pueda conservarla mediante técnica bibliotécnica que impida su destrucción física y seguridad completa; que impida su destrucción diríamos, política. Es decir, autos de fe por gentes fanatizadas en creencias religiosas u otras. Generalmente, los allegados al coleccionador venden a bajo precio las existencias que, al revenderlas el comerciante, se dispersan a los cuatro vientos, motivando así también la destrucción de una obra que con perseverancia fue haciendo el coleccionador.

Nosotros los coleccionadores (entre los cuales soy yo uno bien modesto) creemos que hacemos buena obra. No coleccionamos con el afán o la codicia del banquero apilando moneda tras moneda, sino con la alegría del que añade documento tras documento para transmitirlo a la posteridad. Lejos de ser esto algo egoísta, de acaparador, es puro altruismo pues no transmitimos nuestra sola obra (en mi caso lo poco que haya podido escribir), sino que transmitimos la obra colectiva que hemos podido coleccionar (lo que escribieron nuestros hermanos). Además, la colección privada es, asimismo, funcional. Sirve de referencia, de consulta, de documentación, etc., tanto para el escritor como

para el lector. Por supuesto, dichas informaciones solamente son extensivas hasta donde llega la riqueza de la colección. De ser imprescindibles y no hallarse en la colección hay que consultar otras colecciones privadas (infelizmente bien escasas) o colecciones públicas, de estar al alcance del radio de acción en que se encuentra el coleccionador.

Por ejemplo, supongamos que necesito ahora documentación sobre Giuseppe (José) Fanelli escrita por Malatesta. Pues bien, consulto las fichas bibliográficas y leo: Giuseppe Fanelli. Ricordi personali. «Pensiero e Volontà» (Roma, año II n° 11, páginas 252-254, 16 de septiembre de 1925). Supongamos aún que necesito documentación iconográfica sobre Fanelli. Pues bien, consulto la sección ilustraciones y veo que algo de Fanelli tengo en la sección fotografías. Veamos: «Giuseppe Fanelli. Ver fotografía colectiva en «La Revista Blanca» (año X, n° 213, página 743, Barcelona 1° de abril de 1932)». En efecto, en tal página hay una gran fotografía, a cuyo pie puede leerse lo siguiente: «Una fotografía histórica. He aquí un testimonio gráfico del viaje de Fanelli y Elías Reclus por España. De izquierda a derecha, en pie: Fernando Garrido, Elías Reclus, Aristides Rey y Giuseppe Fanelli. Sentado, José María Orense».

Por supuesto, un coleccionador privado como en mi caso, no posee en general colecciones completas de revistas o periódicos (e incluso de libros o folletos). De la valiosa revista «Pensiero e Volontà» del gran Errico Malatesta solamente tengo cuarenta y cinco ejemplares, salteados. Pero pocas son las colecciones privadas, e incluso en Italia, que puedan atesorar tantos. Sin embargo, a veces, en las colecciones privadas ocurren gratas sorpresas. La mía atesora la colección completa de la publicación «El Hombre», de Montevideo (191-1931), única en el mundo. Veamos en la sección libros y sobre Malatesta en el aspecto biográfico. Me falta únicamente la biografía de Borghi. De Luigi Fabbri carezco de la primera edición española (en dos tomos), pero tengo la segunda en uno (Barcelona: Editorial Tierra y Libertad, 1938). Tengo asimismo la tercera edición, esta vez americana (Buenos Aires: Editorial Americalee, 1945). La biografía de Max Nettlau titulada «Errico Malatesta, la vida de un anarquista», (Buenos Aires: Editorial La Protesta, 1923); y, finalmente la hermosa obra «Malatesta, life and ideas» (Vida e ideas de Malatesta),

por Vernon Richards. El cotejo de todos estos libros sirve para que el coleccionador comprenda detalles que se le escapan al simple lector. Por ejemplo, sabe uno en seguida que Vernon Richards no tuvo a su disposición la segunda edición de Fabbri publicada en España durante la revolución (la más rica en el aspecto iconográfico).

El coleccionador privado (en mi caso una persona de humilde condición y desprovista de fondos para la adquisición del material considerado indispensable y que no agotado se halla en los servicios de librería de las publicaciones libertarias o repetido en otras colecciones públicas o privadas) tropieza a menudo con la incompreensión de personas que no consideran de gran importancia a la colección privada. Como ocurre con todo coleccionador privado, yo siempre tengo a mi disposición material repetido (libros, folletos, revistas, periódicos, etc.), que numerosas veces he ofrecido como intercambio. Ejemplares repetidos que para nosotros coleccionistas son de gran valor. Ejemplaricemos: para los españoles todo lo publicado en España durante la revolución y antes de ella es de gran valor. Pues bien, a pesar de haber escrito varias cartas solicitando material en canje, nadie me ha contestado, exceptuando, entre los españoles al compañero Fontaura, en Francia, con quien he tenido el placer de intercambiar libros y folletos.

A veces ocurre que el coleccionista (cual en mi caso) trata de reunir datos biográficos sobre personas relevantes en los medios libertarios, para añadirlo a la colección como material original. En este aspecto se tiene suerte o no. Hay personas que creen que estos datos no son de importancia, que lo únicamente importante es la propaganda doctrinaria. Todo es importante. Cualquier dato al parecer insignificante representa un gran valor para el porvenir.

El coleccionista privado debe ayudar a las colecciones públicas de la esfera libertaria o allende la misma, con material repetido que tenga a su alcance.

AUN una colección privada tan importante como la de Max Nettlau, no puede abarcar todo el material libertario, ni menos poseerlo. Sabemos que esta importantísima colección es atesorada ahora por el Instituto de Historia Social de Amsterdam. Nettlau se basó en ella para escribir su «Bibliografía de la Anarquía» y, particularmente, en el caso que aquí nos atañe, su «Contribución a la bibliografía anarquista de la América latina» (Buenos Aires: «Certamen internacional de La Protesta», 1927), con la cual se basó para escribir su notable trabajo «Viaje libertario a través de la América latina». Por eso surgen de cuando en cuando materiales no anotados por Nettlau, nuestra principal e indispensable fuente de referencia en todo cuanto concierna a la historia de la anarquía. Por lo tanto, «Regeneración», de Montevideo, no pudo ser consultada por el gran historiador de nuestros medios. No figura en su bibliografía latinoamericana. No podría decir aquí si «Regeneración» se

extendió más allá de los dos números que tengo. Ni los más viejos y queridos militantes anarquistas que he consultado, me han podido dar detalles al efecto. El primer número apareció el 9 de enero de 1907 y el segundo el 25 de febrero del mismo año. La distancia de las fechas indicaría que surgieron dificultades posiblemente de índole monetaria para la continuación. Digamos aún que Nettlau anota para el mismo año en Montevideo, el periódico «En Marcha» (nº 1, 10 de junio; y nº 2, 20 de julio). «Regeneración», de Montevideo, fue un benjamín de la gran publicación «Regeneración», de México, que el gran Ricardo Flores Magón fundó el 7 de agosto de 1900. Publicación que, felizmente, aún existe.

Formato de este primer número de «Regeneración»: 30 x 40 cms. Cuatro páginas a tres columnas. En cabecera de la primera, esta comunicación: «Toda la correspondencia a nombre de Virginia Bolter, Rodríguez Larreta 9, Pocitos». Virginia Bolter fue una anarquista que, por lo menos, actuó en el Uruguay las dos primeras décadas del presente siglo. A continuación esta participación a los hermanos de lucha: «Venimos a la lucha periodística dispuestos a abogar con tesón y energía, por los nobles ideales de verdad, igualdad y justicia, por lo que saludamos a todas las hojas que sustenten estas tendencias.»

Veamos las finalidades de los redactores de «Regeneración» en el artículo «Nuestros propósitos»: «Tendemos principalmente a que «Regeneración» sea una hoja de propaganda de los grandiosos ideales comunista-anárquicos, bajo sus múltiples puntos de vista, por coadyuvar a la formación de cerebros exhaustos de prejuicios, banalidades, errores atávicos, misticismos e idolatrías absurdas, tácticas esclavitudes y de toda la serie de purulentas lacras que agobian a la humanidad». Como es sabido el movimiento anarquista internacional se orientó desde el primitivo colectivismo anarquista hacia el comunismo libertario, en todos los países latinos sin excepción. Como, colocándonos en el espíritu de la época, la transformación de la sociedad parecía inminente, la condición humana de por sí apasionada en época que parecía llevar en las entrañas al Nuevo Mundo, motivó grandes debates públicos entre ambas tendencias. Hoy todo eso ha sido superado. Basándose en Max Nettlau, con sin par certidumbre Rudolf Rocker lo explica así en el segundo tomo de sus memorias («En la borrasca», Buenos Aires: Editorial Americalee, 1949, página 78): «También en el movimiento libertario mantenía Nettlau una posición especial. Se declaraba abiertamente en favor del anarquismo, pero no pertenecía a una determinada escuela... Era más bien de la opinión que todos los sistemas económicos preconcebidos debían ser experimentados primero por la realidad práctica de la vida y probados en su contenido... Toda forma económica puede por consiguiente ser considerada sólo como medio para una finalidad determinada, pero nunca como fin en sí misma...». En consecuencia terminan su presentación los redactores de «Regeneración»: «Vamos a luchar con nuestras mayores

energías por el triunfo de la anarquía que preconiza una sociedad exenta de jueces, gobernantes, clérigos y de todos los parásitos que conforman el abominable organismo social que esclaviza a la humanidad, pesando sobre ella desde los comienzos de la historia.»

Los dos trabajos siguientes se refieren a la situación represiva contra los anarquistas que a la sazón había en Argentina. La célebre ley 4144 promulgada para expulsar del país a los libertarios prominentes. El primer trabajo se titula **La Ley de Residencia**: «Si ley alguna hay monstruosa en el universo, ésta es la ley de residencia implantada y practicada en la República Argentina. Todas las flores rojas que en la frondosa selva anarquista descollaron ufanas y hermosas, unas tras otras pasaron las amarguras de la expulsión.» **Gremial**, el firmante de este artículo preconiza una huelga general de protesta y el boicot a los productos comerciales argentinos. **¿Sin Estado de sitio?**, firmado por Alas es el otro trabajo, pues terminaba el 6 de enero dicha situación en Argentina, abriéndose así una esperanza: «El éxodo de prisiones aleatorias y arbitrarias va a disminuir y los deportados volverán otra vez al territorio argentino con el ánimo de trabajar y volver la paz a sus hogares.»

Llegamos así y con este trabajo pasamos a la segunda página a una notable colaboración de D. Porbuenas sobre **La Mujer en la Sociedad**. Con toda la razón del mundo Porbuenas preconiza la liberación económica de la mujer y la liberación amorosa (la liberación amorosa de la pareja humana por proyección): «Para mayor claridad de mi disgresión empezaré sentando el principio de que la mujer para obtener la felicidad por medio de la unión con el hombre no necesita de la sanción jurídica ni eclesiástica.»

El próximo artículo **¿Justicia?** trata de sacarle el mentiroso velo a la diosa Temis. En efecto, la «justicia» uruguaya había encarcelado a los compañeros huelguistas Ernesto Vila, Bares, Caorsi y Tabares, como así también al menor de edad de nombre Boure, como principales promotores de la huelga portuaria que el 9 de agosto de 1905 estalló en **La Teja**, poblado a la sazón cercano a Montevideo y hoy absorbido por esta vasta ciudad. El articulista, que no firma, propone «una fuerte agitación hasta conseguir la excarcelación» de los presos.

Ahora «Marsal» (otro seudónimo) la emprende con los hermanos Paul y Víctor Marguerite en un trabajo titulado **Necio o Pedante**. Dichos hermanos se desinteresaban del «caso Malato», el revolucionario francés que habían acusado por algo que, como ocurre con frecuencia, no había ni pensado ni cometido. Los aludidos hermanos trataban de disminuir la personalidad del compañero francés: «¿No es por ventura un eminente sociólogo, un hombre de ciencia, un espíritu cultivado, un mártir de sus ideales, un redentor de la humanidad?»

La redacción aclara luego en un pequeño escrito sobre «Bombas de dinamita», denunciando el caso del jefe de policía de Barcelona, Sr. Tresols, quien, conjuntamente con el arzobispo de la ciudad y

unos sacristanes fueron los responsables de una bomba lanzada por la policía en la Rambla de las Flores y que mató a varios inocentes; repudiable hecho que las autoridades trataron de endilgárselo «al jefe de los anarquistas de Vich» (textual). Otro pequeño escrito de la redacción sobre «Rusia» tiene referencia a la guerra del zar contra los japoneses y se aboga porque termine pronto, para que no haya tanta víctima. Pero de nuevo la redacción bautiza a la Argentina con el calificativo de «Rusia Americana», comparándola al régimen zarista, que «trae a la memoria los tiempos de Rosas y la Inquisición.»

Ahora un pequeño artículo de P. Rojas titulado **¡Los Desheredados!** ¡El drama de los sin trabajo! «Somos los jóvenes, los robustos, los llenos de savia y de coraje. No pedimos más que trabajo... Pero, ¡nadie nos quiere!» Y el autor continúa: «... tenemos hambre, sed, carecemos de vestidos y de lecho, donde acostarnos». Drama que lejos de haber desaparecido irá acentuándose en la sociedad autoritaria, debido al perfeccionamiento de la maquinaria que tende ahora a reemplazar totalmente al hombre y, debido también, al aspecto demográfico que significa el fenómeno actual llamado la «explosión demográfica» lanzando a la vida activa a una multiplicada cantidad de brazos que no podrán hallar empleo. Las autoridades indudablemente tratarán de reprimir este fenómeno (o mejor dicho, las consecuencias del mismo) mediante la violencia organizada y legalizada, lanzando al ejército y a la policía para contener las acciones de los desocupados. Vendrá una época de razón, se encaminará la Sociedad por la ruta de la Anarquía, la cibernética entonces será un grandioso don para la humanidad y, todo ser humano, por el solo hecho de nacer, tendrá ya asegurada su existencia desde la cuna a la tumba.

Y así llegamos al artículo **Por las Ocho Horas**, que viene sin firma. En él se nos hace saber que **Tierra y Libertad** de España escribe: «La Confederación General del Trabajo de Francia, ha decidido no trabajar más de ocho horas a partir del 1º de Mayo de 1906.» El articulista menciona que la Federación Metalúrgica de Cataluña se ha hecho eco de ella y que el Consejo de la Federación del Arte Fabril del mismo lugar se ha puesto en relación con los compañeros de Francia. La mayor parte de las entidades obreras de Vizcaya se han adherido ya a tal decisión y han manifestado secundarla. Gran propaganda se hace en España al efecto: «... millones de rotulillos engomados dicen: **Huelga general por las ocho horas para el Primero de Mayo**, los que se colocan en los cafés, en los diarios, en las esquinas, en los talleres y en todos los sitios visibles». Se aconseja al final que «... en las Repúblicas de Sud América debe también acogerse con entusiasmo la iniciativa».

En seguida viene una transcripción de Daudet sobre la guerra, en la que este autor galo ve en ella lo que en realidad es, la horizontalidad del ser humano víctima de las matanzas militaristas en los campos de batalla, y no la «verticalidad» de los vistosos uniformes, las marchas marciales, etc., de

la soldadesca. Resalta a continuación, en caracteres grandes, este aviso: «Rogamos a todos los compañeros que sean objeto de vejámenes y atropellos por parte de las autoridades y patrones, nos envíen una nota detallada del hecho para hacernos eco de las injusticias y reclamar enérgicamente a quien corresponda.»

Ahora vienen **Pensamientos** de Victor Hugo: «No basta destruir los abusos, es necesario modificar las costumbres», «... enseñar es leer, es encender la luz; toda cifra deletreada brilla y chispea», «el crecimiento intelectual y moral no es menos indispensable que el mejoramiento material», «no hay malas hierbas ni malos hombres; no hay sino malos educadores», etc. Viene a continuación una **Nota** comunicada por **Tierra y Libertad** deseando «la reproducción en todos los periódicos obreros del extranjero» y en la cual «se desea saber el paradero de Jesús Vargas Méndez, natural de Nava (Huelva), que residía en Sao Paulo o en Río de Janeiro (Brasil)».

Con **Retrospectivo Gremial** pasamos de la página tercera a la última. Extenso trabajo sin firma. En él se hace un análisis del movimiento gremial del pas que «recibió en el año fenecido poderoso impulso». Alentado por la **Federación Obrera Regional** de inspiración anarco-comunista ingresaron en la misma los gremios de carboneros y varaleros del Cerro, albañiles, panaderos, cocheros (quienes tenían al compañero Rota herido por un atentado perpetrado por las fuerzas del mal), ferrocarrileros, cigarreros, tipógrafos, zapateros, mosaiquistas, peones de estación, obreros curtidores, mozos de cocina, aserradores, carpinteros, sastres, peones de barracas, talabarteros, picapedreros, pintores, etc. Los mecánicos, los caldereros y los calafates están por adherirse. Después de este trabajo viene otro también, sin firma, titulado **Bilbao**, citando el caso de que los bilbaínos respondieron a un estado de sitio realizado por las autoridades, por cuestiones huelguísticas, con la ruptura del mismo, provocando la dispersión de los uniformados y haciéndose ellos luego dueños de la calle. Tiempos de luchas y enfrentamientos entre dos fuerzas antagónicas: la productora o laboriosa y la holgazana o parásita. Esta encaramada en el poder y la violencia legalizada, debe provocar una **Defensa** por parte de los trabajadores. Así se titula un pequeño escrito de Sánchez (¿Florencio Sánchez?) que viene a con-

tinuación: «En un estado social en que, la razón está en la fuerza, la libertad en las cárceles, la ley en el capricho de un mandatario torpe; donde se solucionan los conflictos económicos a plomo y machete; donde se apaga la voz de protesta a fuerza de leyes ilegales; donde se desconoce el derecho de gentes, haciendo de los países bosques de fieras y corderos — la vida resulta imposible para los corderos... — por lo que estamos en nuestro derecho al oponer contra las cárceles, leyes infames, machete y plomo; conciencia, solidaridad...»

Henos ahora con nuevos pensamientos, con el título de **Todo**. El primero es de la gran Severine: «Sería muy cómodo no dar más que la vida por el ideal, querer las muertes bellas, los suplicios gloriosos... ¿La vida? bueno, la vida, pero no nos detengamos, ¡marchemos! Honor, reputación, prejuicios, escrúpulos, todo eso por el pueblo». El segundo es de Vargas Vila: «... es bello atraer sobre nosotros tempestades y persecuciones por el cumplimiento de los grandes deberes y el amor a los grandes ideales». El tercero es de Kropotkin: «La sociedad, como el individuo, tiene sus horas de cobardía, pero también tiene sus minutos de heroísmo». Y finalmente el cuarto, o último, es de Balzac: «De todas las semillas confiadas a la tierra, la sangre derramada por los mártires es la que más pronto germina.»

Termina este número de «Regeneración» con un trabajo firmado por Ch. y titulado **La Religión**: «Los falsos sacerdotes y redentores de la humanidad, que pretenden sufragar los obreros para mejor hacernos merecedores de las fabulosas dichas ultra-terrestres, son los que más contribuyen a nuestra infelicidad y más procuran en contra de nuestra emancipación». Tal la esencia de este notable trabajo que termina así: «Y téngase entendido que al apartar nuestra mirada de la cloaca religiosa, la elevamos hacia un culto más grande y más noble, el del amor a la humanidad.»

Henos aquí al final del primer número de «Regeneración», pequeña hermosa hoja libertaria que cumplió su misión, junto con muchas otras, tratando de dar ese pan espiritual mencionado por el vate Victor Hugo a las tinieblas de la ignorancia humana, con el fin, no como los bonzos religiosos, de colocar la felicidad «colgada del cielo» y **post-mortem**; sino de edificar en la misma Tierra la fraternidad humana.



EL MITO Y EL HOMBRE

Ciencia y ética

por RAMON LIARTE

LOS rasgos fundamentales de nuestro tiempo son poderosos. Vivimos una era científica que viene cambiando cada día más las condiciones de nuestra existencia. Se vive intensamente. El hombre puede conocer en poco tiempo cosas que antaño tenía que emplear largos años para revisarlas. Los medios de comunicación son rápidos; los de destrucción, incalculables. Antes era Norteamérica el arsenal de la potencia atómica; hoy, las naciones más modernas gozan de medios bélicos para hacer frente a no importa qué agresión. Y es que la técnica no es propiedad exclusiva de nadie. Está al alcance de unos y otros. Creían los hombres de ciencia que los armamentos modernos constituían un argumento decisivo para evitar la guerra. No ha sido así. El monopolio de los armamentos es un mito. De una manera directa o indirecta, las naciones más poderosas del planeta estarán armadas cuando se presente una nueva guerra mundial.

Las armas se han multiplicado. Crecen los Estados y centuplican sus medios de combate. La rapidez del transporte, los grandes medios de locomoción masiva, la capacidad de movimiento para la defensa y el ataque, hacen que los ejércitos se conviertan en focos destructores que imponen su influencia y hegemonía por todas partes. Dicen los mayores científicos que va a ser sumamente fácil acabar con el género humano; mas lo que nadie sabe es quién enterrará los muertos. Acaso sean los cuervos, que siempre sacan los ojos; pero no son tan carnívoros como los Estados actuales, que arrasan países enteros con una frialdad espantosa. Desde que cada Estado considera que su deber primordial es defender a sus pueblos no hay nación que viva con seguridad ni país que pueda vanagloriarse de gozar en plena paz.

La civilización actual es pujante y arrolladora. Nada nos permite hacer comparaciones que resistan la prueba del pasado. La ciencia explora los recursos de la naturaleza, analiza el proceso de la historia, calcula el poder de la materia; tiene conciencia del curso del tiempo. La cultura no tiene límites, los conocimientos humanos no encuentran valladar ni resistencias. La riqueza natural, quiérase o no, se pone cada día más al alcance de inmensas muchedumbres. Es poco lo que se ha hecho y mucho lo que queda por hacer. Mas no es menos cierto que el progreso no se detiene y que la revolución técnica llegará a religar las partes más lejanas del mundo.

¡Era científica! Tan pronto como seamos capaces de administrar nuestro trabajo, ordenar nuestros recreos y hacer la vida un poco más agradable, se

habrán dado grandes pasos hacia adelante. Porque el auténtico vivir, la causa principal de nuestra paz, consiste en volver a la naturaleza para descubrir la vida. Las naciones son, en suma, arsenales donde el orden moral brilla por su ausencia. El hombre no tiene tiempo de comunicarse con los demás hombres. Así nos hacemos babelinos, no nos entendemos. Cada uno hace lo que estima mejor; cada cual crea lo que le parece; pero todos se guardan el misterio de las respectivas creaciones. No hay deseo de dar a conocer el secreto de las cosas. Con los medios de comunicación y relación que poseemos, podríamos haber levantado una verdadera cultura universal, hija de los razonamientos y conocimientos universalmente reconocidos. Pero todo se almacena: se guarda el arte, se quita belleza a la justicia y se niega la verdad cuando no es bandera de partido. ¿Cómo puede haber concordia donde no hay tolerancia, ni libertad cuando se carece de respeto y se niega la razón? Sólo así se explica, aunque sea mal, que las naciones diluiden sus querellas de la peor manera, recurriendo a la violencia, mientras que los problemas humanos quedan sin resolver.

No creo que sea el nuestro un siglo de crisis. Jamás se ha luchado tanto como en nuestra época por hallar un cauce nuevo, un curso de ventura. Lo que ocurre es que nadie acierta a encontrar lo que desea. Son muchos los intereses que están en juego y enormes las fuerzas en presencia que, de una manera u otra, pretenden modelar el porvenir. El ciclo presente es agotador; pero entre la pobreza y la abundancia, entre el ocaso y el renacimiento, entre la degradación y la dignidad, el hombre acabará encontrando un mundo nuevo. La ciencia lo domina todo. Nos lleva adonde estamos situados y hacia donde otros tendrán que hallar su asidero. Todas las grandes civilizaciones han sufrido parecidos reveses antes de triunfar y abrirse camino. La nuestra no podía constituir una excepción.

La ciencia es todavía menor de edad. No ha alcanzado la plenitud, la madurez directora. El día que esto llegue, avanzará el progreso por los rieles de la lógica sin atropellar a nadie ni desbordar lo que no debe salir del gran equilibrio creador de la vida. En ese preciso momento tendremos la ocasión de echar la síntesis de una sociedad nueva, conjugando la libertad individual con el orden social victorioso en la prueba. Porque ya no se trata del progreso del hombre, sino del progreso de la his-

toría que hace la vida presente y futura de los hombres todos.

Algo hemos aprendido que puede sernos de gran utilidad: poseemos una personalidad y debemos defenderla. Mientras no forjemos un mundo capaz de prescindir de las viejas instituciones para darnos la nueva institución de la igualdad basada en el trabajo y la libertad, no habremos conseguido poner a salvo nuestros grandes valores sociales. Estamos empeñados en una lucha sin precedentes y hay que aplicarse a fondo con el fin de alcanzar lo que nos hemos propuesto: que la ética presida la justicia en esta tierra que puede ser de todos y que debe ser para todos.

Cultura no es barbarie

La cultura es el más alto conocimiento de los hombres y las cosas. No es lo mismo instrucción que cultura, de la misma manera que instruir no es cultivar. La cultura es el pensamiento que analiza la vida, la conciencia que avanza y evoluciona hacia la perfección, es decir, el alma pura y refinada de todas las cosas más agradables que ha reunido el hombre: el arte, la belleza, el saber, la bondad, la fuerza, el estilo, la gracia, el gesto, la profundidad, el trabajo, la armonía, el amor y la paz.

Decir cultura es decirlo todo. En muchas ocasiones hemos confundido la cultura y la instrucción. Un pueblo instruido, bárbaramente instruido era el pueblo nazi-alemán. Sin embargo, no era un pueblo culto más que aparentemente. Cultura es humanidad, no barbarie. La cultura sólo crece dentro de un ambiente de libertad y comienza su agonia cuando el autoritarismo domina el proceso creador del hombre. Sin libertad cultural el hombre vive desencajado de su destino. Porque la cultura es para él, el mundo donde vive, el campo donde trabaja, la sociedad en la cual lucha. Y ocurre con harta frecuencia que, los que menos hacen por la cultura son los que más la invocan para sacar partido en beneficio de sus bastardos e inconfesables intereses. De ahí que los Estados y sus estadistas coloquen la cultura de los demás al servicio del Poder, poniendo de manifiesto los peligros que corre y no porque sea atacada por los hombres cultos, sino porque la incultura salvaje tiene necesidad de protegerse aunque sea tras la estatua de Don Quijote y Sancho, monumento de cultura que nada tiene que ver con el Estado de no importa qué indole o color.

La cultura nada tiene de común con las bayonetas ni los decretos. ¿Qué saben lo que es cultura esos eternos aterradores de pueblos? A la paloma de la paz se le da alpiste, no balas; a la cultura, amor y libertad, en vez de fusiles y carros de asalto.

Durante los días del golpe de Estado griego, se oía decir y gritar a los mercenarios de la Junta de Atenas: «Está en peligro el Partenón; se hunde el Acrópolis; ¡hay que salvar la cultura griega!» Energúmenos. ¡Como si la Grecia de Sócrates y Filadelfia tuviese ni un mero punto de unión con los

mercenarios! Pero la cultura no se moviliza ni militariza. En el mismo instante en que la cultura pasa de las manos de Federico García Lorca, Antonio Machado y Unamuno, a las zarpas de Millán Astray, el coronel Eymar y Francisco Franco Bahamonde, sucede lo mismo que si Delfos se cobijase en una tumba.

La cultura no se improvisa; no se hace a golpe de espada; ella emana de la conciencia de un pueblo. Es el resumen de la historia general. Las obras de un Lope, de un Calderón, pongamos por ejemplo, no son creaciones improvisadas; para que ellas pudiesen ser creadas fue preciso contar con una lengua, unas costumbres, unas tradiciones, un modo de vivir propio de las particularidades de su tiempo. Y lo que es aplicable a nuestros clásicos tienen estrecha relación con los autores de otros países que han sabido elevar los rasgos de la cultura a las más altas cimas de la sabiduría y la bondad. Una sola obra puede resumir el proceso ético-moral y justiciero de un pueblo; un solo hombre puede expresar también, las ideas y querencias de la comunidad viva de la que ha formado parte. Y es que en concreto, un libro no resume una tendencia; es más que un dogma: es el alma de un pueblo con todos sus clamores, con todas sus particularidades, que tiende a la universal. Los genios son comprendidos en todas las latitudes. Son los mediocres quienes no se dejan ni pueden comprender porque carecen de la potencia del idioma internacional, que no lo escriben más que los grandes creadores cuando nos presentan personajes amados y entrañables, a quienes hacemos nuestros sin preguntarles por la nacionalidad, la idea o la raza que los encubre sin conseguir deformarlos.

Recientemente he tenido ocasión de leer — grata ocasión — una serie de novelas cortas soviéticas que me han dicho muchas cosas sobre la Rusia mística y profunda que tanto amo. Hay en ese libro unas doce obras del tipo de las «Novelas ejemplares», de nuestro Cervantes y del corte de «Nada menos que todo un hombre», del otro gran Miguel, Unamuno. Leyendo a Gorki, Alexei Tolstoi, Ilya Eremburg y demás autores, me sentía tan atraído por sus tipos, paisajes y ambientes que no me hacía falta ser ruso para sentirlos y comprenderlos. Y es que quien no se confunde con León Tolstoi, Chejov, Dostoiewski y Gogol, se incapacita para amar a Quevedo, Bretón de los Herreros, Rojas y Cervantes.

El hombre comienza en sí mismo y acaba en los otros. De lo particular se va a lo universal. El hombre y el mundo son una misma cosa. Cuando comprendemos al hombre comenzamos a saber la magnitud del universo que le rodea. Luego la idea de la patria, de la nación y otras zarandajas por el estilo, queda borrada por el trazo de una línea, por la mano mágica del artista que todo lo que hace es para todos los hombres.

El totalitarismo arrasa lo universal que encuentra a su paso; mata toda obra de arte que no se pliega a sus caprichos religiosos o políticos. Sólo los intereses creados, lo que es privilegio y prebenda, tienen necesidad de defenderse. Por eso

cuando oímos gritar «¡Hay que defender la civilización cristiana!» «¡Hay que salvaguardar la cultura Occidental!», sentimos asco por esa pobre mentalidad de estanqueros de la civilización que nada saben de la cultura. La cultura, digámoslo con toda propiedad, no tiene por qué ser defendida, ya que se defiende a sí misma. Defenderla supone atropellarla, corromperla, servirse de ella como de un interés particular en provecho de condenables intereses. ¡Ojalá que todos los hombres se llevaran la cultura universal para darle calor en el cerebro y el corazón! Es seguro que el día que tal cosa hagan, la barbarie desaparecerá de la tierra.

Nacionalismo y racismo

DESDE que el mundo existe el hombre anda a vueltas con su origen o linaje. Ya en las Sagradas Escrituras encuéntrase una mención que no tiene escapatoria posible: la raza de Abrahán, como para distinguirla de las otras razas, clanes y tribus que poblaron la tierra. Se nos ha hecho creer que descendemos o venimos del ilustre patriarca. ¡Cualquiera sabe de donde venimos! Si supiésemos a donde vamos ya sería tener un buen punto de referencia. Confieso haber estudiado más de veinte veces la Biblia, y no me avergüenzo al declarar que nunca he entendido el Génesis, que, dicho sea con el mayor respeto, me parece una verdadera tomadura de pelo. Y un cuento descomunal, a más no poder me resulta éso de «pueblo elegido», que ya sea refiriéndose a los fieles de Moisés o a las huestes de Hitler, supone una aberración rayana en la locura. ¡La variedad constante de la especie animal: razas de perros! Cuando se piensa que los hombres se matan para resolver por la violencia los llamados asuntos raciales, uno se pregunta hasta qué grado de «raza humana» ha conseguido llegar el hombre.

La naturaleza y origen del sentimiento de grupo es de tipo judío. Evolucionando hacia nuevas formas de vida común, surgió más tarde la nación por el hombre mismo. Pero dos ideas matrices son el resultado más grandioso de nuestra civilización: la familia, de sentimiento cristiano, y la hermandad humana, alta concepción anarquista de la vida universal. Se dice que el género humano no está preparado todavía para aceptar la idea de hermandad humana universal. Esto no es exacto. Lo que sucede que el mito de la idea de dios, la especulación política de la nacionalidad, y el significado de «raza», vienen siendo explotados por los enemigos de la humana especie para que no lleguemos a la fraternidad tan deseada.

Pura gitanería es la idea de la sangre. A los gitanos debemos las majaderías más grandes sobre la idea de raza: «Tú llevas mi misma sangre». Y es que para ellos, tribus rezagadas e ignaras que no han sabido incorporarse a la civilización, todo es puro parentesco. Todos comen generalmente en el mismo plato y se acuestan en la misma cama. Una especulación sin precedentes es la monserga de los tipos nacionales que se dan en llamar prototipo de la raza cuando nada sabemos del hombre que lle-

gó por primera vez a ser hombre. Pena y grima da estudiar a muchos escritores de vanguardia, que se dicen comunistas y socialistas, cuando afirman que la nacionalidad depende de las características culturales; no de características biológicas. Si supiesen esos llamados internacionalistas ficticios que el libro «Mein Kampf», la «raza aria», la teoría nórdica y centro-europea brotó de esas selvas salvajes y malditas, no escribirían tan ligeramente. A la vuelta de mil ensayos resulta que la «mezcla de razas» es beneficiosa. Menos mal que, lo que no saben hacer los «directores» del intelecto, lo hacen los sexos. La mezcla de judíos, arios y nuevos «kulaks» con las chicas guapas de las cervecerías de Alemania, está dando una nueva «raza» que no habrá manera de separarla a pesar de todos los absurdos «raciales» que aún existen y de muchas concepciones falsas que se nos presentan con la etiqueta de la ciencia, o la hojarasca de la ficción...

Todos los emblemas racistas o nacionalistas son el exponente más acabado de la barbarie. El racismo es la xenofobia. Ahora, no sabiendo de que hablar, se lanza a voleo la contradicción más repugnante de todos los tiempos: el internacionalismo nacionalista. Habráse visto mayor sarcasmo. Está comprobado que estos ideólogos de la decadencia nos toman por ganado, por ovejas a las que hay que esquila para vender la lana y aprovechar la carne. Los patriotas de todas las naciones quieren razas estilizadas, puras, como las buscara el ganadero Casilda, para llenar los montes yermos de ovejas y carneros con caracteres diferenciales. ¿Cabe mayor aberración racial, racista, inhumana? En nombre de ideas y conceptos que ayer se anunciaban como panaceas universales, hemos caído en el dominio del hechizo, la brujería, el mito. El mundo se nos presenta como un inmenso parque zoológico donde el ser humano hace el oficio de bestia civilizada o por civilizar. Y es que, el nacionalismo es animal, no humano. Ahí tenemos la última y más reciente prueba de cuanto decimos: Norteamérica, ayer faro de la libertad y la fraternidad de todos los pueblos, hoy es un campo de Marte donde los blancos y los negros, que profesan idénticas creencias, que abrazan las mismas religiones, se matan con una violencia zootécnica. Ahí está la última crucifixión: Martín Luther King, ha sido asesinado. El mártir de los negros, lo mismo que Lumumba, riega la tierra con su sangre generosa. La revolución de color estalla con todos los colores. Es la causa de todos los justos.

Debido a las luchas religiosas, raciales y nacionalistas, el mundo es un hondo huesario. Nosotros no creemos en la Bienaventuranza. Ni los muertos resucitan ni la carne devorada por la lepra guerrera sube como la leyenda de la ascensión. Los campos de exterminio son los patibulos del nacionalismo, los altares de una fe racista. La razón del hombre debe rebelarse contra todos los poderes que sostienen la opresión y la muerte. Hay que descubrir, o redescubrir mejor dicho, una nueva trayectoria, siguiendo las huellas que nos trazara el maestro Pedro Kropotkin: la ciencia moderna y el

anarquismo. Una ciencia sin dogmas ni altares, sin iglesias ni catedrales, donde dios pase a ser un mito, y donde el hombre no tenga necesidad de ser sacrificado para ascender y subir al cielo. No obstante, hombres de fe al fin y al cabo, creemos como Tolstoi en la resurrección de todos los que piensan, trabajan y luchan para crear una sociedad mejor,

emancipada de la religión, liberada del nacionalismo, redimida de los prejuicios raciales: un mundo capaz de aliviar el dolor de todos los hombres.

Hay que acabar con los mitos para que triunfe la razón humana. No de otra manera se afirma y consolida la verdad.

Memorándum revolucionario

«El pueblo chino debe ponerse o bien del lado del imperialismo o del socialismo; el neutralismo es una fachada, pues no existe una tercera posición». — Mao-Tse-tung.

«No existe ninguna nación que tenga el monopolio de la paz. Ni siquiera ahora lo sabemos positivamente. El porvenir demostrará, sin duda, que la cómoda posición de eludir compromisos no es rentable». — Albert Camus.

«La tendencia libertaria comprendió perfectamente que el socialismo no puede ser dictado por ningún gobierno; que debe más bien desarrollarse de abajo arriba, del seno del pueblo laborioso; que los trabajadores mismos debían tomar en sus manos la administración de la producción y del consumo». — Rudolf Rocker.

«La revolución no es hecha por alguien. Las revoluciones no son jamás hechas ni por los individuos ni aun por las sociedades secretas. Se hacen por sí mismas, producidas por la fuerza de los hechos». — Bakunin.

En tanto que la seguridad no es efectiva, y mientras las posibilidades de expansión se ven contrariadas o amenazadas, existe el estado de lucha para el individuo y la colectividad, lo cual provoca e intensifica la mentalidad y las disposiciones de lucha. Olvida entonces el individuo sus cualidades más dulces. En la colectividad, son los fuertes los que engañan, son los ambiciosos los que llegan en primer término; con frecuencia no sólo llegan sino que permanecen, ya que les atrae el poder, el privilegio y la autoridad. Puede el individuo deponer el arma y ser un hombre de bien, un hombre de paz; pero las colectividades rara vez quedan desarmadas, por lo que se conserva a través de las edades la supremacía de los fuertes, de los violentos y de los concupiscentes, supremacía que nos amenaza hoy más que nunca. — Max Nettlau.

«La posición de neutralidad en el sistema imperialista contemporáneo en todas circunstancias, no es únicamente una ilusión peligrosa que de ninguna manera evita que el Estado neutral sea arrastrado a la guerra sino que, ciertamente, es una concesión a la agresión y un factor que contribuye a desatar la guerra». — Stalin.

«No hay ningún camino intermedio entre el socialismo y el imperialismo. Quienquiera que se mantenga en una tercera posición, de hecho ayuda al imperialismo». — Fidel Castro.

POETAS DE AYER Y DE HOY

PERFIL DE UNA ETERNIDAD

A Luis Capdevila, ¡albricias!

*Me he encajado en la tierra con mi perfil sereno,
cerrándole mis ojos al llanto de los vivos.
He ganado mi guerra perdiéndome en ser bueno
y engarzo eternidades en todos los olivos.*

*Sé, de pronto, con ser polvo, todo lo que he sido
en la España angustiada del mito sin ideas.
Y al recibir la flecha del yugo que me ha herido,
comprendí que prendían mis huesos como teas.*

*En mi espíritu brota una fuente delicada
de versos que rezuman, cantando dulcemente,
un néctar delicioso... ¡Y una inmensa cascada
atravesó los muros de España y de su mente!*

*Espero en el secreto de mi paz la paz pura
del Pueblo que amé tanto; que no dejo de amar.
Y advierto cómo vienen a gustar mi hermosura
los hijos encendidos que engendré en mi penar.*

*Mi sed de España se siente todavía
en el secreto oculto de un patio sevillano,
por los huertos de Murcia, los cerros de Almería,
los hierros de Cantabria y el surco castellano.*

*Desdeñé la oquedad de todo lo que se grita
en el coro de grillos de la España secular.
Mas distingo, a través de mi tumba, que palpita
un nuevo corazón que aprendió, llorando, a amar.*

*Soy eternidad puesta al servicio de una causa
que busca al Pueblo herido en horrendo solivianto.
La muerte no es la meta de mi sed, sino pausa
de caballero andante que aguarda mientras tanto.*

*Que aguarda que este Sancho, en mi espíritu encendido,
decida prescindir de su bolsa y de su panza,
y venga a comprenderme en Quijote enterneado,
dispuesto a relevarme en el uso de mi lanza.*

*Al fin todo os lo debo, a quienes visteis grabado
el sino de mi España con la luz de mi sino.
Por ella yo me di y de este modo ya he pagado
la cuenta de este amor que os prepara tal camino.*

*Y porque así, español, llegué al fin de mi viaje
sabiendo de qué modo había de reanudar
mi carrera, ligero en vosotros de equipaje,
hoy puedo tanta tierra de Francia soportar.*

Abarrátegui

LOS BURGUESES SON BESTIAS

A través de las mareas
que ascienden y descienden,
¡años de la crueldad y la estupidez!
que borran de repente ciudades
que alguien creyó invencibles,
¡oh días de la concordia y la soledad!

¡Obelisco de la Concordia, Piedra de Chauvin!
Viven en mi corazón con sus fulgores
en medio del desorden de los pueblos,
las griterías de las artillerías
¡mi corazón padece tanto!
los destellos de los uniformes,
100 millones de medas de las señoritas,
¿hemos de salvarnos a tiempo de la estupidez?
¿y dejaré algún día de ser el prisionero,
el tenebroso, el viudo, el inconsolado,
el príncipe de Aquitania en la torre abolida?
(como dijo Nerval, el del farol de gas
en la calle de la Vieja Linterna).
¡Ah, qué dulce es y peligroso
cruzar por las piedras venerables
y los collados más riesgosos!
¡Oh, mundo de la necesidad!
¿Eres acaso inmortal?
«Los burgueses son bestias,
los burgueses son bestias»,
lo digo cada día, pero es
por los ejércitos del mundo
que el orden burgués supervive.

Nunca lo dejé de saber,
pero debo poder enfrentarme
al rinoceronte que bufa
en place Vendôme desde 1871
— año de la derrota de la Comuna —,
a través de las mareas
que ascienden y descienden,
¡años de la crueldad y la estupidez!

Pablo GUEVARA